

Cristian Buchrucker y colaboradores, *El miedo y la esperanza. Los nacionalismos en Europa Centro-Oriental*, Mendoza, EDIUC Universidad Nacional de Cuyo, 1999, 219 páginas.

Cristián Buchrucker nos presenta aquí una interesante obra, en la que colaboran Susana Dawbarn de Acosta, Carolina Ferraris, Pablo Allegretti, Cecilia de la Rosa de Iriart y María E. Tonello, que constituye la primera parte de una trilogía, sintetizada en el título aglutinante de *El miedo y la esperanza de las naciones en la historia contemporánea de Europa Centro-Oriental*. A pesar de esta unidad, el volumen presentado, bajo el título "De la idea nacional humanista al etnocentrismo imperialista", que aborda un período que va desde los debates en torno a las ideas de Napoleón a Bismarck y que históricamente cierra con la Primera Guerra Mundial, cumple su objetivo porque tiene la virtud de entregarnos todos los elementos necesarios para el análisis histórico del fenómeno del *nacionalismo*, presentando los elementos teórico-metodológicos que se extenderán a los siguientes volúmenes.

La obra presentada aquí se divide en un Prólogo con una "Introducción" —que también incluye al capítulo 1— y otros siete capítulos. Los dos primeros se abocan al tratamiento de los problemas teóricos y de la crítica historiográfica; los dos siguientes ubican al lector en los contextos políticos e ideológicos que determinarían el desarrollo de identidades en la Europa Central y Oriental, así como el surgimiento de la "idea nacional"; los restantes capítulos se ocupan de los movimientos y conflictos nacionalistas, el equilibrio, la consolidación y expansión del etnocentrismo, para terminar con un último capítulo dedicado a la posición de los socialistas ante la problemática nacional.

En el capítulo 1, dos preguntas se plantea Cristian Buchrucker para iniciar su trabajo. En efecto, dejando de lado el simplismo que otorga como fundamento al "éxito mundial de la democracia y el capitalismo" los acontecimientos que ocurrieron en Europa Central y Oriental a partir de 1989, el autor se pregunta cuánto de esencia ha tenido el nacionalismo como idea-fuerza en dichos acontecimientos, y si éste no fue el principal factor de guerra y opresión en el siglo xx.

Partiendo del hecho de que en ese espacio, que va de la frontera franco-alemana hasta los Urales y desde el Mar Báltico hasta los Balcanes, donde conviven etnias distintas y surgieron diversos estados, comenzaron las dos Guerras Mundiales y se establecieron las dictaduras más poderosas que se hayan conocido hasta el presente, el autor plantea una serie de interrogantes referidos a los principales desafíos históricos que los pueblos de Europa Central (Alemania y Austria), Europa Intermedia (Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia, Rumania y Bulgaria) y Europa Oriental (Bielorrusia, Rusia moscovita y Ucrania), debieron enfrentar: cómo se desarrollaron los respectivos nacionalismos, cuáles fueron sus relaciones con el entorno inmediato y cuáles fueron las interacciones de éstos con el sistema internacional; todos ellos enfrentados, a su vez, con las tensiones derivadas de los impulsos democratizadores y modernizadores provenientes de Occidente.

Seguidamente, el método de análisis aplicado permite revisar las respuestas que las principales corrientes historiográficas, identificadas por el tipo de cultura política ("fundamentalismo de izquierda", las posiciones de "centro" y el "fundamentalismo de derecha") dieron a la problemática. En la lectura externa que hace Buchrucker —de la cual nos presenta aquí una síntesis ilustrativa diferenciando a los autores de cada corriente—, el autor de la obra advierte que, para todos ellos, la problemática alemana es central, lo que ubica a los lectores desde el inicio en la posición de percibir la debida importancia que el nacionalismo alemán tendría en los acontecimientos centro y oriente-europeos y como baluarte frente a las amenazas provenientes tanto del oeste (Gran Bretaña) como del este (Rusia).

Buchrucker llega a la conclusión de que "el aspecto más criticable del *estado de la cuestión* es la casi total ausencia de un debate sereno y continuo entre todas las corrientes historiográficas relevantes" (p. 37), quizás influido —como en otros debates— por las luchas políticas, pero que se presenta como un obstáculo al crecimiento del saber histórico. Y aquí encuentra el autor suficiente fundamento para sostener su propia investigación.

El capítulo 2, "Un marco para el análisis y la crítica", sostiene su desarrollo en los nueve interrogantes que, como el conjunto de las "cuestiones alemanas", el autor presenta al comenzar el capítulo anterior, los cuales ahora —agregadas las respectivas respuestas polémicas— le permiten constatar la presencia de cinco líneas interpretativas para proceder al análisis del nacionalismo. Para ello propone abrir el reducido marco de las subdivisiones clásicas de la historiografía y combina conceptos y categorías analíticas que le permiten estrechar los contactos entre la "historia de las ideas", la "historia de la política internacional", la "historia de la

política interna de los estados” y la “historia económica y social”. Estas pasan a constituir el marco teórico de la investigación.

Siguiendo a Peter Alter, reconoce, en primer lugar, la *diversidad* de los nacionalismos, tanto en su formulación ideológica como en sus realizaciones. Coincide con Sowell en la estimación de que toda política implica la coexistencia y mezcla de “supuestos ideológicos” y “consideraciones prácticas”; adhiere a Kurt Lenk en lo que se refiere a las relaciones entre ideología, sociedad y verdad. Luego define su opción por los contenidos de conceptos como *nación* y *nacionalismo*, identificando factores relacionantes, formulaciones ideológicas y sus influencias, etc. Al abordar el problema de la legitimidad como “un discurso específico que asigna a ciertos grupos el derecho al poder y los límites del mismo”, señala que, “en esta materia ha existido enorme variedad en los movimientos nacionalistas” y que, en cuanto a la orientación básica de la acción, “habrá variantes revolucionarias, reformistas, conservadoras, restauradoras, elitistas y participativas” (p. 44). Por último, señala que al estudiar el fenómeno del nacionalismo hay que tener en cuenta la manera en que sus ejemplos se insertaron en la cultura política global de la época y en la dinámica de los procesos históricos.

Otro aspecto teórico–metodológico que agrega tiene que ver con la “tipología de los conflictos relacionados con el nacionalismo”, de la cual el autor también extrae categorías analíticas. Se comprenderá entonces que todo lo anterior permite advertir lo difícil y complejo que resulta abordar el problema de los nacionalismos y, al mismo tiempo, pone de relevancia el simplismo con que algunos de sus ejemplos han sido analizados en los últimos años, donde la complejidad de los conflictos, los niveles de competencia inter–étnica, las conexiones de la herencia cultural y la persistencia de memorias históricas antagónicas, consecuencia de la acción deliberada de las élites políticas, religiosas e intelectuales –factores de fuerte peso conflictivo o influencia de los sistemas políticos (democráticos, autoritarios, totalitarios)– a menudo quedan relegados, cayéndose en explicaciones monocausales que reducen la perspectiva para entender los procesos históricos.

Por último, es interesante destacar en el capítulo la inserción de los nacionalismos en los sucesivos *órdenes* o *sistemas* internacionales. Para ello, el autor propone una aproximación por dos vías: la naturaleza del desafío histórico que dio contenido a la motivación dominante en cada movimiento nacionalista y los contactos y mezclas que se produjeron entre la problemática nacional y otros temas fundamentales de los conglomerados ideológicos contemporáneos (p. 48). De ello derivan una tipología “histórico–funcional” (funcional y libertador; unificador y restituyente; reformista y modernizador; pseudo–nacionalismo imperialista) y otra “ideológica” (fenómenos proto–nacionalistas de la Edad Moderna; la variante liberal y democrática; la conservadora y restauradora; la totalitaria o fascista; el nacional–comunismo).

Al finalizar este capítulo teórico, el autor señala cuáles son, a su juicio, los seis puntos que permiten hacer una integración crítica de las 4 manifestaciones de lo histórico (pp. 53–54), que incluyen: multiplicidad de perspectivas; transparencia; distanciamiento del intencionalismo ingenuo; distanciamiento del circunstancia-

lismo determinista; rechazo de los pseudosujetos y diferenciación de los grados de responsabilidad; distanciamiento de los intereses poderosos y de sus productos intelectuales. A partir de esta tipología el libro presenta, en los capítulos siguientes, las aplicaciones teórico-metodológicas que forman esta primera entrega: "De la idea nacional humanista al etnocentrismo imperialista".

Así, el Capítulo 3 aborda "Los condicionamientos de Europa Central y Oriental", identificándolos: 1) condicionamientos geográficos, económicos y sociales; 2) condicionamientos culturales; 3) condicionamientos políticos y 4) tendencias históricas y proyectos políticos latentes. Es justamente la interacción continua de éstos la que delimita el escenario que deben enfrentar los sujetos históricos en un espacio geográfico determinado. La evolución de los sistemas productivos y formación de clases modernas, la configuración de las identidades tradicionales por medio de la religión y la lengua, las experiencias políticas y el ejercicio de la soberanía, así como la integración de las estructuras sociales con su proyección en el tiempo en proyectos políticos de distinta suerte constituyen los elementos clave de dichos condicionamientos, que marcarían a su vez —a través de la historia— las grandes diferencias entre la Europa central, la centro-oriental y la occidental.

El Capítulo 4, "El despliegue de la idea nacional", se ocupa de describir el aporte de algunos pensadores alemanes (los más importantes) al desarrollo de las nuevas concepciones sobre las relaciones entre individuos, el Estado y la humanidad, en el contexto del naciente mundo contemporáneo. Allí se detiene en Kant, Herder, Hegel y List, remitiendo finalmente a algunas de las consecuencias o implicancias de sus ideas respectivas.

Kant y Herder son rescatados —entre otros aspectos— por constituir fundamentos duraderos de la crítica de "los tradicionales principios de legitimidad que constituían el fundamento ideológico de los imperios de Europa Central y Oriental" (p. 83). No sorprende aquí la reflexión en torno al pensamiento de Kant, quien —desde su visión idealista de las relaciones internacionales— sería el más ajeno a las prácticas del "nacionalismo imperialista". En ambos, a juicio del autor, "la idea de nación es concebida en el marco de un humanismo pleno, no como una negación del mismo" (p. 89).

Hegel y List, representan, para el autor, "de manera paradigmática dos maneras en que podía evolucionar la idea de nación y su conexión con el Estado" (p. 91), en la situación histórica de la primera mitad del siglo XIX. Con ambos autores, el pensamiento idealista del período anterior se vuelve más racionalista, más estatista, reduciendo los componentes liberales del idealismo kantiano —con Hegel— y más pragmático y práctico, con List. Sabemos que, con el primero de estos pensadores el "nacionalismo" se vuelve más *estatista* y con el segundo, más *economicista*. Hegel, al poner por sobre todas las cosas al Estado —conducido por las clases de la Restauración por cierto— se transforma en el fundamento ideológico de la encarnación de la "idea nacional", en una realización de la idea ética de una unidad centralmente organizada en lo social y político. Para List, en cambio, la riqueza de un pueblo (lo que hoy llamaríamos "el desarrollo") sólo es posible si, al mismo tiempo, hay libertad.

Desde nuestra perspectiva, el *nacionalsocialismo*, como sólido defensor de los *junkers*¹ prusianos, estaría más cerca del pensamiento hegeliano, entonces defensor de la nobleza terrateniente, posición que sostendrán en particular los *hegelianos de derecha*², que del pensamiento nacionalista "a lo List". Sin embargo, a pesar de que hay suficiente sustento para asociar a List a la línea de pensamiento universalista de Kant, Cristian Buchrucker advierte como, al mismo tiempo, List descalifica a los pueblos asiáticos, manifiesta una actitud colonialista y condescendiente hacia la América hispana y justifica la colonización alemana—bajo el patrocinio de Austria— de Turquía y los países del "Danubio inferior"; es decir, considera natural una cuota alemana de imperialismo.

Así, Buchrucker concluye el capítulo señalando que, "en el caso de Kant nos encontramos ante el esbozo de un orden internacional futuro realmente revolucionario, aunque no lo sean los medios y caminos que el autor recomendaba para su construcción (...). Las naciones son reconocidas como sujetos colectivos importantes, pero no como depositarios de valores exclusivos" (p. 103). Señala el autor seguidamente, "tanto Kant como Herder producen bases teóricas para un nacionalismo ideológicamente liberal y conciliable con objetivos independentistas y unificadores" (p. 104). Posteriormente, Hegel, con su teoría política, "y más claramente aún discípulos suyos, como Erdmann y Rössler, abrieron posibilidades ideológicas al desarrollo de un nacionalismo etnocéntrico, conservador y hasta restaurador, totalmente opuesto a las concepciones de Kant y Herder" (p. 105). La recuperación de un pensamiento más humanista se habría dado con List, cuya personalidad "representa el paso teórico más importante hacia un nacionalismo de tipo reformista y modernizador" (p. 106). Sin embargo, la confluencia en éste del expansionismo económico que él ambicionaba, "con el estatismo y belicismo del hegelianismo de derecha iba a constituirse en la fórmula ideológica del pangermanismo" (*ibid*).

En el capítulo 5, "De Napoleón a Bismarck: el equilibrio europeo y los movimientos nacionalistas", Buchrucker hace el seguimiento del nacionalismo centro y centro-oriental europeo, a través de los acontecimientos internacionales posteriores a la derrota de Napoleón.

Revisando el impacto que el "orden restaurado" y los sistemas de alianzas tuvieron en su evolución, en un escenario donde se ampliaban los espacios disponibles para la transformación sustentada en las ideas nacionalistas, el autor analiza

1. Miembros de la clase dominante de terratenientes de Prusia, que en algunos sentidos poseían las características de una casta militar. En la política alemana formaron el partido de la reacción y la defensa de los intereses agrícolas y apoyaron a Bismarck antes de la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Chris Cook, *Diccionario de términos históricos*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.
2. Vale la pena recordar también cómo el *nacionalsocialismo* acusó, en su tiempo, al pensamiento liberal de "atomizar el cuerpo social", idea presente en los *hegelianos de derecha* a los que alude Cristian Buchrucker.

cómo influyeron las nuevas condiciones internas y externas: cambios socio-económicos y políticos, el ingreso de amplias masas a la educación y la información, el progreso de los sistemas de comunicación y transporte, las nuevas aspiraciones autonomistas versus las viejas aspiraciones imperiales, la incapacidad de las potencias para encontrar un valor de legitimidad común y reconocido por todos, y las fuerzas sociales e ideológicas (socialismo) que generaba la creciente industrialización, terminarían por ser el cause de las aguas que harían crecer el torrente nacionalista "hacia causas de intolerancia y homogeneización étnica forzada" (p. 113).

De este nuevo escenario surgiría de Prusia una Alemania unificada y su Segundo Reich, pero ¿cómo se obtuvo ese logro? Buchrucker recurre a las enseñanzas de la historia para tentar una valedera explicación, que nos reafirma la necesidad que tiene el estudioso de las relaciones internacionales de tener en cuenta la idea de que nada en el futuro puede ser tan similar y a la vez distinto del pasado: "Se la podría llamar la *regularidad del momento oportuno* (...), aquel en que un actor logra realizar sus objetivos políticos de engrandecimiento a bajo costo, aprovechando la circunstancia de que otros estados tienen centrada su vigilancia en quienes, por experiencia histórica reciente, consideran como perturbadores consuetudinarios" (p. 116). Bismarck, que aplicó el axioma y unificó, engrandeciendo, a Alemania, era también antisocialista y defensor del conservadurismo, al que veía como representación de *las fuerzas del orden*.

Una de las tesis que plantea aquí el autor es que Bismarck se reveló como un nacionalista unificador primero y "como un estadista sinceramente preocupado por la paz y la estabilidad de Europa" (p. 120) después, a lo que nosotros agregaríamos: preocupado también por poner al nacionalismo alemán conservador como barrera frente a los socialistas y republicanos. Aquellos que consideran al nacionalismo alemán como una de las principales fuentes posteriores de intolerancia, coincidirán con las palabras de Buchrucker: "el aspecto más problemático del legado histórico bismarckiano está en los rasgos distintivos de la cultura política que se cristalizó en Alemania. Esa cultura incluía demasiados elementos incompatibles con el desarrollo pleno de una sociedad moderna" (p. 122).

Al seguir la lectura del Capítulo 6, "Conflictos y alternativas en la Europa Intermedia del siglo XIX", vemos que los acontecimientos europeos del último cuarto del siglo XIX profundizarían el desarrollo del nacionalismo en los Balcanes y en Europa centro-oriental. Buchrucker se detiene en el pensamiento de dos hombres: Bismarck y Gumpłowicz. Sobre el primero advierte como se profundizan sus ideas antipolacas y antisemitas, así como sus temores sobre Rusia. En el otro extremo "nacional", el polaco Gumpłowicz, quien participa de la corriente de pensamiento *austro-eslavista*, como barrera contra Rusia y el paneslavismo. "Gumpłowicz concibe la Historia de la humanidad como la lucha constante de numerosos grupos que se enfrentan con el objetivo de dominar y someter a servidumbre al que resulte más débil en esta contienda" (p. 128), contienda donde el elemento étnico juega un papel clave. Pero esta relación de dominio, según Buchrucker, es —para Gumpłowicz— un gran progreso y, al mismo tiempo, una lucha a la que ninguna etapa histórica puede sustraerse.

Como describe el autor, para este extremista pensador polaco –a cuya nacionalidad, paradójicamente, Bismarck amenaza con sus ideas– existen solamente dos maneras posibles de relación entre etnias heterogéneas: la servidumbre o la exterminación, basadas en la perpetua lucha de las razas como ley de la historia. En este marco, el Estado le resulta un actor clave como instrumento de sojuzgamiento de adversarios y de explotación de territorios. De la lectura vamos desprendiendo cómo el pensamiento *realista* (doctrina del poder) comienza a jugar un papel central en esta concepción del Estado como instrumento de subordinación. La particularidad radicaba entonces en que este Estado estaba llamado a cumplir –según la interpretación de Gumplowicz y como bien describe Buchrucker– una visión a favor de una *necesidad natural*, porque la dominación constituye la *fuerza motriz* de la historia.

Siguiendo el análisis de Buchrucker, se advierte que el pensamiento de Gumplowicz tuvo una considerable influencia en la “explosión” de nacionalismo de los años siguientes, en la medida en que propugnaba el fortalecimiento de las individualidades nacionales para que se opusieran a Rusia; pero, además, el polaco se apoyaba intelectualmente en el “determinismo social”, considerando la guerra como principal factor de desarrollo y progreso de la humanidad y como única fuente de relación entre etnias heterogéneas, lo que producía una cosmovisión demasiado violenta y pesimista, que no dejaba espacios para respuestas más humanistas, universalistas o idealistas. Pero tampoco es menos cierto que la dominación de las “tres coronas” (Prusia, Austria-Hungría, Rusia) sobre gran número de etnias y naciones subyugadas, dejaba paso libre al surgimiento de nacionalismos *revolucionarios, reivindicativos y mesiánicos*.

El capítulo 7, “La consolidación del etnocentrismo imperialista”, profundiza en el surgimiento y expansión de las llamadas *pan-ideas*: el paneslavismo, el panrusismo, el austro-eslavismo y el pangermanismo, y cómo ellas se nutrieron de un pensamiento común: el *antisemitismo*. La *etnia* y la *religión* se transformarían, cada vez más, en el motor de las fuerzas imperialistas.

Dos cuestiones importantes aborda aquí Buchrucker: 1) la evolución del nacionalismo alemán hacia el *pangermanismo*, y 2) el antisemitismo como *actualización* ideológica. Sobre la primera cuestión, lo que le interesa al autor es develar cómo en Alemania, una de las potencias clave para la estabilidad de Europa Centro-Oriental, las corrientes nacionalistas comenzaron a adoptar una forma proclive al autoritarismo y al belicismo. De las tres *corrientes* nacionalistas de la segunda mitad del siglo XIX, el nacionalismo universalista y socialista, el nacionalismo conservador bismarckiano y –derivado de éste– la variante restauradora y abiertamente imperialista, será esta última, con sus componentes de pensamiento contrarrevolucionario, antisemita, de obsesión por la expansión territorial y de rechazo a la sociedad moderna, la que terminará por imponerse, captando sus adeptos en los medios universitarios y de negocios, en la burocracia civil y en el ejército. Este nacionalismo de derecha, que tuvo las posibilidades de llegar a poner en práctica sus propuestas, se caracterizaría en la política interna por el autoritarismo y la represión contra socialdemócratas y liberales de izquierda, en la medida

que éstos eran vistos como “propagandistas de la democracia”, algo que va en contradicción con lo *naturalmente dado*: la monarquía y la aristocracia. Su segundo punto relevante es la negación del *principio de autodeterminación nacional como norma del orden internacional así como del rol de la guerra*. Hay en sus pensadores una apología de la guerra, en la cual se mezclan argumentos del idealismo hegeliano y del socialdarwinismo.

El tercer tema que encuentra Buchrucker es la “especial misión histórica de Alemania y la guerra que se consideraba inminente” (p. 161), que apuntaba a poner al país como “centro de gravedad” del sistema europeo, con el derecho a participar de la expansión colonial transoceánica, bajo la idea de la supremacía de la raza blanca sobre el mundo; objetivos todos que sólo podían alcanzarse mediante una guerra total.

Respecto de la segunda cuestión, el autor busca descifrar las claves de la construcción de la ideología antisemita, como un tema de fundamental importancia para entender las corrientes nacionalistas en la región objeto de estudio. Tres líneas de interpretación señala el autor: 1) la convergencia de la judeofobia tradicional (religiosa y económica), con el motivo político y las tesis racistas; 2) entre la explicación racista y las cosmovisiones cristiana y humanista se abrió una brecha que no fue advertida por muchos contemporáneos; 3) para el nacionalismo conservador, el atractivo del antisemitismo ideológico estaba dado por el alcance universal de sus postulados (la “conspiración internacional judía”). Buchrucker argumenta que el antisemitismo ideológico del siglo XIX se desarrolló como una red de interacciones que abarcó toda Europa. Muchos veían en los judíos una amenaza para sus intereses materiales o su concepción de vida (como segmentos de las clases medias y bajas, la aristocracia terrateniente y el clero), dado que el perfil tipo del judío de la Europa Occidental y Central era el del hombre emprendedor, abierto a las innovaciones y, en muchos sentidos, la imagen más representativa de la modernidad urbana de ese tiempo. Sin embargo, en la *actualización ideológica* del prejuicio antijudío, son publicistas alemanes, austro-húngaros y rusos los que jugaron un rol mucho más importante en su desarrollo. Sería en 1873, en la pluma del alemán Friedrich W. Marr, que aparece —por primera vez— el término *antisemita*. Respecto de su expansión, y su vinculación con el nacionalismo, Buchrucker señala que, “en las regiones no alemanas del imperio, cada movimiento nacionalista, a medida que se iba separando de sus orígenes liberal-democráticos, asumía una dosis de antisemitismo como parte de la nueva tendencia xenófoba generalizada” (p. 173). Ello ocurriría con los checos, húngaros, polacos y rutenos. El nacionalismo de derecha y el antisemitismo tendían a confluir en todas partes, mientras en Rusia, los *pogroms*³ contra los judíos eran apoyados por el poder político zarista, comenzando por Nicolás II.

3. Término utilizado para denotar la violencia antijudía, que apareció por primera vez para describir los ataques contra los judíos, autorizados por el poder zarista en 1881. Fue uno de los motivos fundamentales de la emigración de judíos rusos a Estados Unidos y a Gran Bretaña. Chris Cook, *op. cit.*

El capítulo 8, último de esta entrega, "Los socialistas ante la problemática nacional", se ocupa de analizar las visiones teóricas de Marx, Engels y del revisionismo. Los dos primeros vincularon el nacionalismo con una etapa concreta: la del Estado nacional burgués en el marco del sistema capitalista de producción; no hay en estos pensadores una teoría completa de las nacionalidades. Para ellos, "en todos los pueblos nos encontramos con que son solamente los burgueses y sus escritores quienes se aferran a la nacionalidad"⁴ Los conflictos entre clases y entre naciones son resultado de las relaciones capitalistas de producción; estas últimas llevan a la explotación de individuos y de unas naciones por otras.

Sin embargo, el proceso revolucionario del comunismo sólo era posible para ellos en las "grandes naciones", es decir, alemanes, polacos y húngaros. No obstante, pensadores socialistas y socialdemócratas posteriores volverían sobre el *humanismo herderiano*, apelando por Estados multinacionales e igualitarios (Brünn, Renner, Bauer, Bernstein, etc.).

Buchrucker concluye con dos explicaciones que permiten comprender dos de los grandes conflictos en torno a los nacionalismos: nacionalismo versus internacionalismo y socialismo versus imperialismo antisemita; "es obvio —dice— que el pensamiento socialista, en la medida en que con Marx y Engels convirtió el concepto de *clase* en su principal unidad analítica, tendió a desvalorizar todo lo que apelase a la identidad nacional. Esa tradición intelectual se ha mantenido en el pensamiento de la izquierda independiente hasta nuestros días (...). Por el otro lado, al acentuarse en el último cuarto del siglo XIX los elementos autoritarios, imperialistas y antisemitas en los nacionalismos de derecha, el antagonismo con el socialismo se hizo aún más marcado" (p. 198). El último esfuerzo contra el nacionalismo militarista, imperialista y antisemita, que preanunciaba el advenimiento del fascismo, sería la Segunda Internacional. Con su fracaso y disolución, así como con el fraccionamiento de los partidos socialistas, el campo estaba arado para el desastre que vendría, en la medida en que los socialismos de cada estado beligerante adoptaron la tesis oficial de sus respectivos gobiernos, que veían en los otros, vecinos poderosos, las causas de todos los males.

He aquí entonces, finalmente, un libro interesante; resultado de amplias investigaciones, que contribuye al conocimiento, en idioma español, de un tema poco explorado en nuestra región, utilizando el enfoque comparativo, lo que permite al lector adquirir conocimientos del nacionalismo alemán, ruso y polaco, de forma interrelacionada y con una proyección hacia el fin del siglo XX. El libro aporta un enfoque teórico conveniente y útil para el estudio de cualquier otro fenómeno de nacionalismo ubicado más allá de las fronteras espaciales y específicas de las que se ocupa. La metodología de la obra sigue un interesante curso. En primer lugar, devela los debates teóricos dominantes sobre conceptos y categorías aplicados al fenómeno del *nacionalismo*, definiendo los suyos y tomando partido por formulaciones ya conocidas precedentemente y que el autor ha desarrollado en obras

4. K. Marx y F. Engels, *La ideología alemana*, citado por C. Buchrucker, p. 189.

anteriores. Posteriormente, las mismas son aplicadas al contexto que aborda, específicamente, cada capítulo.

Pocas veces encontramos un trabajo con la erudición que deriva del conocimiento que el autor tiene sobre los pensadores clave del tema y del período que aborda. Más destacable aún cuando se hace la investigación desde un lugar tan alejado del escenario de análisis.

Raúl Bernal-Meza

Luis Gay, *El Partido Laborista en la Argentina*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 1999, 216 páginas.

Las memorias de Luis F. Gay constituyen un testimonio indispensable para el conocimiento de la historia del Partido Laborista y del movimiento obrero en la Argentina. Gay falleció en 1988, por lo que la preparación de esta edición estuvo a cargo de Juan Carlos Torre, quien añadió a la misma la Carta Orgánica de dicho Partido, una entrevista realizada por Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero en 1970, en el marco del Proyecto de Historia Oral del Instituto Di Tella, y un artículo publicado por el propio Torre en la revista *Todo es Historia*, en octubre de 1974. Con estas memorias se cuenta con un panorama abarcador del pensamiento de un miembro relevante de la vieja guardia sindical, que colaboró en los orígenes del peronismo y participó decisivamente en la gestación del Partido Laborista.

Gay comienza con una breve referencia al proceso iniciado en 1930: La represión al movimiento obrero desatada por el gobierno de Uriburu, el fraude y la violencia al servicio del conservadurismo, el avance del movimiento sindical, las esperanzas despertadas con la asunción del presidente Ortiz, su reemplazo por Castillo —que transforma a la oligarquía en “dueña absoluta del poder”— y las dudas que generan las posibilidades de que el “señor feudal” Patrón Costas llegue a la presidencia de la Nación. En este escenario, donde entre las masas obreras y campesinas soplaban “vientos de tempestad”, se produce la caída de Castillo. El golpe militar no sorprendió a la opinión pública, ya que existía “desde mucho tiempo, la certeza del derrumbe”. Para el pueblo eran demasiado los trece años de violencia, fraudes y peculados.

En un principio, los militares que asumieron el poder en junio de 1943 —pese a la legítima denuncia de la realidad del país manifestada en su proclama— fueron acompañados por el escepticismo tanto de los sectores obreros como de la ciudadanía en general. En opinión de Gay, el rápido declive de su popularidad se detuvo debido a la preocupación manifestada por los problemas sociales a partir de la

creación de la Secretaría de Trabajo y Previsión, al frente de la cual estaba el Cnel. Perón. Para ello fue necesario que la Secretaría rectificara su actitud inicial de solucionar directamente los problemas obreros y resolviera hacerlo tratando directamente con los cuerpos representativos de los trabajadores sindicalizados. Esto desencadenó fuertes polémicas que situaron “a viejos camaradas de lucha sindical en posiciones opuestas”. En esta confrontación triunfaron aquellos dirigentes “menos dogmáticos y más realistas” que accedieron a plantear los problemas en la Secretaría, en la medida en que este organismo “permitiera consolidar y ampliar el derecho obrero”.

De esa manera, se elaboraron de manera acordada varios anteproyectos de decretos en beneficio de los trabajadores. Según Gay, estas medidas significaban logros que la lucha obrera, a pesar de haber sido ininterrumpida, no había podido “arrancar al capitalismo y a los gobiernos anteriores”. De todos los anteproyectos, el que determinó “la gritería capitalista” fue el que decidió la creación del Instituto Nacional de las Remuneraciones que establecía, entre otros puntos, la vigencia del salario vital mínimo básico y del aguinaldo. Esto provocó la resistencia de las entidades empresarias y de las empresas extranjeras, ante la cual los trabajadores y más aún los militantes “no necesitaban recurrir a laboriosos análisis para tomar partido”. Se alinearon junto a la Secretaría “y enfrentaron al patronaje, al enemigo irreconciliable a lo largo de todas las épocas”.

La declaración de las fuerzas vivas –publicada en los diarios el 16 de junio de 1945 como “Manifiesto del Comercio y la Industria”– encendió el enfrentamiento. Gay señala que la declaración, firmada por casi 300 entidades económicas, cuestionaba la política social de la Secretaría e incitaba a la represión del movimiento obrero: era “el prolegómeno del serio intento de cambiar el curso de los acontecimientos políticos”. En este escenario, las organizaciones obreras se plantearon la necesidad de contrarrestar la reacción empresarial mediante la acción política y, de acuerdo al autor, de no haber mediado la movilización de los trabajadores “no hubiera habido continuidad del gobierno revolucionario ni triunfo del coronel Perón en las elecciones del 46”.

Numerosos sindicatos, hasta entonces reticentes a exteriorizar su adhesión al gobierno, apoyaron los propósitos de justicia social proclamados por éste, expresándole su adhesión “más política que sindical”. El 12 de julio, la CGT, algunos integrantes de la Unión Sindical Argentina y otras organizaciones obreras autónomas realizaron “el gran acto de adhesión a la política social del gobierno”. Según Gay, el acto no se hizo en favor de un gobierno militar de facto sino en contra de esas fuerzas vivas y de sus intenciones reaccionarias, contra el gobierno de la Corte Suprema de Justicia –“sinónimo de la reacción” para las organizaciones sindicales– y, sobre todo, en respaldo de “una activa participación de los trabajadores en la solución de los problemas de palpitante actualidad”.

De esta manera, el movimiento obrero abandonaba la prescindencia. Para Gay, esta postura fue beneficiosa en las épocas de formación del movimiento obrero argentino. A partir de 1930, los acontecimientos políticos locales y los más tras-

centadales del mundo fueron modificando las condiciones económicas, políticas y sociales, y determinaron nuevas tácticas sindicales. La clase obrera había alcanzado su madurez sindical y debía iniciar la etapa política. Así, "se apoyaría o combatiría al gobierno según el lugar en que éste se colocara: con los trabajadores o con los capitalistas".

El decreto sobre asociaciones profesionales —redactado con intervención sindical— legalizó las aspiraciones políticas de los representantes de los trabajadores. Entre los derechos reservados a los sindicatos con personería jurídica se encontraba el de "participar circunstancialmente en actividades políticas, siempre que así lo resuelva una asamblea general o congreso". Por otra parte, se afirmaba la independencia sindical estableciendo que "en ningún caso el estado podrá intervenir en la dirección o administración de una asociación profesional, tenga ésta o no personería gremial".

Gay evoca los sucesos protagonizados por las fuerzas opositoras al gobierno, entre ellos la Marcha de la Constitución y la Libertad celebrada en septiembre de 1945. Estos hechos acentuaron el antagonismo entre los dos sectores en que se dividía la ciudadanía y crearon "un clima propicio a hechos trascendentes y trágicos". En este marco, la renuncia del Cnel. Perón, precipitada por aquellas fuerzas, obligó a nuevas definiciones políticas por parte del sindicalismo. El autor relata el cometido de una comisión —que integró junto a otros militantes sindicales— destinada a expresar su solidaridad para con el renunciante titular de la Secretaría. La comisión tenía la impresión de que "en otros lugares del país otros militantes obreros estarán realizando actividades similares y que en breves días se podrán asumir actitudes determinadas, sea un paro de solidaridad o una huelga general por tiempo indefinido, según lo aconsejen las circunstancias".

A continuación, Gay reseña las alternativas que culminaron con los hechos del 17 de octubre de 1945. Todas contribuyeron a aumentar la agitación: las declaraciones del Alte. Vernengo Lima adversas a Perón; el conocimiento de la detención de Perón; las manifestaciones del nuevo secretario de Trabajo y Previsión, que retrotraían a los tiempos del viejo Departamento Nacional del Trabajo, y la aceptación del procurador general de la Nación para formar gabinete, tras consultar a la Corte Suprema. Las direcciones sindicales empezaron a considerar la posibilidad de adoptar alguna medida de fuerza en favor de Perón. Sin embargo, concretar la decisión provocó divergencias en cuanto a la forma de llevarla a cabo. Mientras algunos sindicatos sostenían la necesidad de adoptar medidas en defensa exclusiva del ex funcionario, otros entendían que debía formularse un planteo de carácter general que, además de pedir la libertad de Perón, expusiera las cuestiones fundamentales por las que luchaban los obreros. En esos términos se planteó el debate en el Comité Central de la c.g.t., que terminó disponiendo la huelga general para el 18 de octubre.

Sobre estos episodios, Gay efectúa ciertas precisiones. Respecto a "la anticipación de algunas horas" a la realización de la huelga, entiende que la movilización del día 17 no disminuyó la resolución cegetista, ya que la misma dio carácter

y unidad a “una inquietud indiscutiblemente generalizada” y de no haberse dado la movilización del 17 “no hubiera tenido más consecuencias que la paralización de unas pocas actividades de la Capital y sus alrededores donde, preciso es decirlo en honor a la verdad, la paralización fue espontánea en algunos casos y forzada en otros”. Sin la decisión de la CGT y otras organizaciones, la movilización hubiera tenido un carácter parcial, “sin ninguna trascendencia y sin más alcance que el de la concentración de la Plaza de Mayo a las horas del mediodía del 17 de octubre, que evidentemente no era demasiado numerosa”.

Con la declaración de la huelga, que determinó “una acción proletaria que cambió el curso de los hechos”, comenzó una nueva etapa política. Recién entonces las consultas entre los militantes del movimiento obrero —iniciadas a principios de octubre de 1945— con el propósito de constituir un partido de los trabajadores se concretaron. De esta manera, el 24 de octubre, dirigentes de distintos sectores sindicales —destacados más por su personalidad que por los poderes que le hubieran conferido sus respectivos sindicatos— se reunieron en una asamblea y constituyeron el Partido Laborista, designando presidente al propio Gay.

En forma perentoria los dirigentes definieron los aspectos programáticos y los principios del nuevo partido. Una asamblea aprobó el programa, la mayoría de cuyos puntos fueron elaborados por el autor en base al proyecto que oportunamente presentara a la Unión Sindical Argentina. Igual tratamiento recibieron la Carta Orgánica y la Declaración de Principios “apenas conocida por los millares de voluntades que nos acompañaron desde los primeros pasos del partido”. Con idéntica premura, el primer Congreso Nacional del Partido ratificó la aprobación de aquellos documentos.

Mayor demora requirió el debate destinado a aprobar el acuerdo político con la U.C.R. Junta Renovadora. Gay, como titular del Comité Directivo Central (CDC), debió llevar a cabo denodados esfuerzos para convencer a los delegados provinciales del Congreso para que aprobaran “el criterio de la coordinación” sostenido por el “jefe espiritual del movimiento” —en obvia alusión a Perón—, garantizando que de concretarse dicho acuerdo “podían retirarse del congreso seguros del triunfo”. A esta altura, Gay compartía con el “primer afiliado del Partido”, la idea de que sólo una alianza con los disidentes del radicalismo aseguraría el éxito electoral, y que no resultaba prudente ni viable políticamente desestimar el aporte “de quienes, a pesar de su falta de arraigo en el electorado, podían contribuir a decidir algunos resultados en ciertos distritos”.

No obstante, pronto se hizo evidente las dificultades que tenían ambas fuerzas políticas para acordar la integración de las listas de candidatos. En principio, el laborismo aceptó —postergando su propuesta en favor del Cnel. Mercante— que el candidato a la vicepresidencia fuera el dirigente radical renovador Quijano. Pero la integración de las listas con el resto de las candidaturas “puso de manifiesto dos morales políticas distintas”. A juicio de Gay, en el curso las negociaciones, mientras los laboristas hacían primar las cuestiones de principio y de respeto a la voluntad partidaria, los radicales buscaban asegurarse posiciones.

Otro conflicto entre ambas fuerzas sobrevino a la hora de nominar a los candidatos a la gobernación de la provincia de Buenos Aires. En este caso, la presión del CDC y del Comité Directivo provincial del laborismo logró sobreponerse a las pretensiones de los renovadores, consagrando las candidaturas de Mercante y Machado. De todos modos, ante el inminente vencimiento del plazo para oficializar las boletas, sin haberse logrado un acuerdo, las decisiones para designar a los candidatos faltantes quedó en manos de Perón "por sugerencia de la Junta Renovadora".

Durante la campaña electoral, Gay destacó otros contrastes. Mientras los dirigentes laboristas que acompañaban a Perón expresaban en sus discursos "sonoridades nuevas", con "el vigor vital de las ideas que se habían expuesto tantas veces en las asambleas y mítines proletarios", sus socios políticos "hablaban el viejo lenguaje de gran efecto, en su hora, pero en la que se vivía carecían de la reciedumbre de lo nuevo". Los partidarios del laborismo recibían las afirmaciones de los oradores con una "explosión de fervor auténticamente revolucionario", lo que asombraba y preocupaba a los radicales renovadores. Gay también comprobó que el pueblo que acompañaba a los laboristas pensaba y sentía como los laboristas, "aunque su fervor de esas horas lo presente ante nuestra apreciación analítica, más emocional que reflexivo, más intuitivo que orientado".

Los resultados de las elecciones de febrero de 1946 precipitaron nuevos desacuerdos. Gay señaló el magro caudal electoral del radicalismo renovador: no sólo en la provincia de Buenos Aires, sino en el resto de los distritos y en la Capital Federal, donde —afirmó sin fundamentar, dado que las boletas estaban integradas por candidatos comunes— obtuvieron el 15% de los votos. A pesar de esta performance, los renovadores reclamaron "mayor número de posiciones". Pudieron concretar esta demanda en ocasión de la elección en el Colegio Electoral de los senadores por la Capital Federal. En este caso, el acuerdo previo para designar al propio Gay fue desconocido por aquellos, y con la complicidad de un elector laborista fue consagrado senador el Alte. Teisaire. En la entrevista que integra el texto de estas memorias, Gay asegura que Perón fue el responsable de dicha maquinación.

No había transcurrido un mes cuando comenzó para el laborismo el camino hacia su desaparición política. Por un lado, Gay afirma que "malos partidarios y hombres del radicalismo renovador" maniobraron para desestabilizar el CDC presidido por él. Simultáneamente, el vicepresidente electo Quijano formuló declaraciones en favor de la unificación del laborismo y la Junta Renovadora, "aunque sea a palos". De inmediato, Bramuglia sugirió a la cúpula partidaria, sin éxito, la conveniencia de otorgar "amplias facultades al presidente electo para que procediera a la unificación de las fuerzas que lo llevaban a la primera magistratura". El CDC rechazó tal criterio y poco después, Perón ordenó la disolución de las autoridades partidarias. Tanto la conducción nacional como la bonaerense —presidida por Cipriano Reyes— rechazaron la medida, en el entendimiento de que una resolución de esas características estaba reservada a los cuerpos orgánicos partidarios.

A continuación una Conferencia Nacional partidaria debatió la cuestión. Varios distritos no respondieron a la convocatoria. A juicio de Gay la ausencia se debió, en algunos casos, a no querer afrontar la responsabilidad de las decisiones de la Conferencia; en otros casos, porque las cúpulas partidarias provinciales “se dejaron influir por consejeros interesados” y, en los menos, a la aceptación de la disposición de Perón. El debate interno fue prolongado y, si bien no había discrepancia fundamental alrededor de la idea de la permanencia del partido y de sus auto-ridades, no se pudo “llegar a un acuerdo que conciliara los distintos criterios en torno al procedimiento que se adoptaría para salvar las dificultades originadas por la posición asumida por el presidente electo”. Tras un cuarto intermedio, los miembros del CDC presentaron su renuncia prevista para el caso en que dichos miembros fueran “un obstáculo para la buena marcha del partido por la posición que han adoptado”. Finalmente, se aprobó una declaración manifestando la buena voluntad de los dirigentes y militantes partidarios de toda la república “para llegar a la unificación con las demás agrupaciones que apoyaron al coronel Perón, pero aspira a que en los organismos encargados de organizar el nuevo partido se le adjudique al laborismo una representación proporcional a su importancia política y numérica”, que se estimaba en el 80% de los votos a favor de Perón. A tal fin, se facultaba a los legisladores nacionales partidarios a determinar “lo que corresponda con respecto a la subsistencia del partido o su incorporación al Partido Único de las fuerzas revolucionarias que se halla en trámite de formación”.

En junio de 1946, el nuevo CDC –integrado entre otros por Cipriano Reyes– decidió la incorporación del laborismo a la entidad política pergeñada por Perón. En la declaración respectiva se informaba que “en las conversaciones mantenidas con el señor presidente y miembros de la Junta Ejecutiva del Partido Único de la Revolución Nacional, se ha logrado establecer de común acuerdo que, en la organización del nuevo partido, se dará al laborismo la representación que le corresponde por su importancia, y que será sostenido su programa como base de la obra a cumplir por el gobierno que preside el Gral. de Brigada Juan Domingo Perón”. Con el objetivo de promover y afianzar las fuerzas políticas que consagraron el triunfo de Perón, la nueva conducción transfería los locales y bienes del laborismo al nuevo partido y aconsejaba a sus centros y afiliados la incorporación al mismo.

En la entrevista que le efectuaron en diciembre de 1970, Gay se mostró más categórico en la apreciación de la conducta de Perón con respecto a la disolución del Partido Laborista. Sostuvo que tomó su decisión “violando las normas más elementales de la ética política... para favorecer una maniobra política que él ya está elaborando *in mente* en combinación con los radicales renovadores y para evitar el contralor que hubiera ejercido el Partido Laborista sobre su gobierno a través de los diputados y de los senadores”. Perón había advertido que “el partido es difícil de manejar”. Por otra parte, cuando posteriormente Gay fue designado secretario general de la CGT, ante el propósito de Perón de tutelarlos, el dirigente sindical sostuvo “la necesidad de la independencia del movimiento obrero”.

A partir de los testimonios de Gay y de los hechos históricos, resulta indudable la integridad y la postura irreductible de varios miembros de la vieja guardia

sindical en favor de conservar su autonomía frente al poder político. En ese sentido, la carta orgánica del Partido Laborista establecía mecanismos para el ejercicio de la democracia en el manejo de sus asuntos internos, y depositaba en los congresos partidarios "la orientación táctica y acción del Partido en todos los órganos y en cualquier lugar donde deba actuar el mismo o sus representantes". Por otra parte, la conducción partidaria debía estar integrada en sus dos tercios por "integrantes de sindicatos de trabajadores reconocidos por el Partido". Por último, si bien Perón era reconocido como "jefe espiritual", no era la máxima autoridad partidaria sino su primer afiliado.

El partido se asumía como "expresión política del proletariado". Si bien estaba integrado, fundamentalmente, por los sindicatos de los trabajadores y, de manera indirecta, por los afiliados a los mismos que no manifestaran su voluntad de ser excluidos, también podía incorporar a profesionales, artistas e intelectuales asalariados, estudiantes, pequeños comerciantes, agricultores e industriales. Rechazaba la afiliación de personas con ideas reaccionarias o totalitarias, o a integrantes de la oligarquía. En este sentido, el laborismo era un partido de clase.

El programa partidario mostraba un perfil reformista. En materia política, el laborismo sostenía la realización integral de la democracia política y de la democracia económica como medio para efectivizar la primera. En lo económico, buscaba la efectivización de la independencia del país mediante la nacionalización de los servicios públicos y de las fuentes minerales esenciales para el desarrollo industrial; el desarrollo de la industrialización de las materias primas; el apoyo estatal a la industria nacional y la eliminación del latifundio a través de la división de la tierra. En lo social, abogaba a favor del reconocimiento de las asociaciones profesionales como instituciones de bien público; la extensión del régimen jubilatorio a todos los trabajadores hasta entonces desprotegidos, conjuntamente con la organización de un régimen previsional de protección a todos los habitantes; el derecho de los trabajadores a participar en las ganancias y la aprobación parlamentaria de la legislación social dictada por el gobierno militar. Estas postulaciones formaron parte de la plataforma electoral del laborismo en las elecciones del 24 de febrero de 1946, y varias de ellas fueron concretadas durante la gestión presidencial de Perón.

Los resultados electorales mostraron un claro desbalanceo entre las fuerzas políticas que apoyaron la candidatura de Perón. En ese sentido, los votos canalizados por el laborismo fueron fundamentales para el triunfo del ex secretario de Trabajo y Previsión. Pero los sufragios obtenidos por los laboristas —estimados en el 80% por los propios dirigentes— resultaban insuficientes para derrotar a la alianza opositora, la Unión Democrática. En consecuencia, la postura de Gay, procurando convencer al resto de la dirigencia partidaria acerca de la necesidad de aliarse con los radicales renovadores, resultaba acertada. De todos modos, independientemente de las formas en que se manifestaron los votantes, el poder de convocatoria y de movilización de los trabajadores residía en Perón y no en los dirigentes partidarios.

En cuanto a la autonomía política que perseguía el movimiento sindical, es evidente que los objetivos de la dirigencia partidaria terminaron colisionando con los propósitos verticalistas de Perón. En rigor de verdad, la voluntad de autonomía le fue impuesta a la vieja guardia sindical por la rapidez de los acontecimientos que se desencadenaron a partir de la política social desarrollada por Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, y por la necesidad de defender las conquistas logradas por esa gestión. Por otra parte, la convicción respecto a la necesidad de conformar una organización política autónoma con el objetivo de alcanzar y asegurar logros frente al estado fue propia de un reducido grupo de dirigentes, entre ellos Gay. Para el conjunto de los trabajadores, el laborismo constituía un instrumento electoral para que el candidato, una vez en el gobierno, ratificara y continuara con su política social. De hecho, la disolución del partido dispuesta por Perón sólo mereció reparos por parte de la mayoría de los dirigentes en el plano declarativo: pocos se opusieron activamente a la medida y tampoco las bases partidarias y los trabajadores parecieron conmoverse por la decisión.

A esta altura, conviene aclarar qué significación tenía la autonomía política para los actores sociales involucrados. Indudablemente, para la dirigencia sindical era un valor sustancial y el ejemplo de Gay fue paradigmático al respecto. No obstante, esa dirigencia quedó subordinada a la vinculación directa establecida entre Perón y la clase trabajadora en torno a las iniciativas surgidas desde el estado en beneficio de los asalariados. Por el contrario, para los trabajadores la idea de autonomía era abstracta, no sentían su necesidad ni la pensaban como una carencia. Desde una postura preceptiva, este déficit en la conciencia de clase de los trabajadores constituiría un "error". Pero las reivindicaciones concretas —obtenidas tras muchos años de lucha e impulsadas, inesperadamente, por un militar— eran de tal envergadura que contribuyeron a sellar la alianza de los trabajadores con quien pasaba a ser percibido como el único líder insustituible. Y esta situación fue aprovechada por Perón para que, una vez elegido presidente, se desprendiera de los dirigentes con aspiraciones autonomistas.

Ricardo Vicente

Robert Brenner, *The Economics of Global Turbulence*, Londres, *New Left Review* 229, mayo-junio 1998.

The economics of global turbulence constituye ante todo un ambicioso estudio de historia económica a propósito del desarrollo de la economía mundial de posguerra y de su crisis. Se trata de un texto cuya indiscutible calidad y profundidad teórica dieron lugar desde su aparición, hace un año y medio, a una extensa serie de comentarios y controversias que aún no ha finalizado. Me concentraré en esta reseña, por razones de espacio, en una presentación de los principales aspectos teóricos de este nuevo trabajo de Brenner, y anexaré una bibliografía que incluye los principales textos que contienen hasta el presente aquellos comentarios y controversias.¹

La tesis general del estudio puede sintetizarse, en palabras de su autor, como sigue: “Yo ofrezco una aproximación alternativa –escribe Brenner– que toma como su punto de partida la naturaleza *no planificada, no coordinada y competitiva* de la producción capitalista, y en particular la indiferencia de los inversores individuales respecto de, y la incapacidad de tener en cuenta, los efectos de su propia búsqueda de ganancias sobre la rentabilidad de otros productores y de la economía en su conjunto”. Esta presentación alcanza para indicar dónde sitúa Brenner el eje de su interpretación de la crisis del capitalismo de posguerra. “Desde este punto de vista –agrega–, la caída en la rentabilidad *agregada* que fue responsable del largo declive no fue tanto el resultado de un estrangulamiento vertical autónomo del capital por el trabajo, como de la sobre-capacidad y sobreproducción resultante de la intensificada competencia horizontal inter-capitalista” (p. 8, subrayados del autor).

El eje de la interpretación de Brenner es, en efecto, el antagonismo “horizontal” entre capitales antes que el antagonismo “vertical” entre capital y trabajo. Por esta razón es que su blanco principal de polémica son las distintas teorías que interpretan la crisis desde la oferta (las “*supply-side explanations*”). Toma distancia, además, de las explicaciones marxistas más tradicionales de la crisis (la “*fundamentalist marxist theory*”). Brenner califica como malthusianas a ambas teorías, pues sus énfasis en el decrecimiento de la productividad derivaría de la idea malthusiana-ricardiana de que las crisis características del capitalismo responden a una decreciente productividad del trabajo.²

-
1. Una discusión minuciosa de las hipótesis de Brenner y de las críticas que recibieran excedería ampliamente el marco de esta reseña: remito en este sentido a Bonnet, A., “El nuevo debate Brenner”, *Cuadernos del Sur* 31, Bs.As., marzo de 2001, junto con otros textos referidos a la cuestión. La publicación en castellano de *The economics of global turbulence* ya fue anunciada por Akal Ediciones.
 2. Es interesante advertir que este el único punto donde esta nueva investigación de Brenner roza sus investigaciones previas sobre la transición del feudalismo al capitalismo: mientras que las crisis precapitalistas serían de subproducción, las capitalistas serían de

La explicación marxista tradicional en cuestión es la asociada a la idea de una caída en la tasa de ganancia derivada del aumento de la composición orgánica del capital (Shaikh, por ejemplo) y la crítica de Brenner a la misma reproduce, en realidad, las objeciones ya formuladas por el marxismo analítico (Okishio y Roemer). Las explicaciones de la crisis desde la oferta son, por su parte, las vinculadas con la noción de un estrangulamiento de las ganancias a partir del aumento del salario real en un marco de pleno empleo (Glyn y Sutcliffe, pero también Bowles, Gordon y Weisskopf y Aglietta, Boyer y Lipietz en la lectura de Brenner). El historiador objeta a estas explicaciones que una acumulación tendiente al pleno empleo no sólo no reduce necesariamente la rentabilidad, sino que incrementa el uso de la capacidad instalada, las ventas y, por ende, los beneficios (esto es, Kalecki). Y les objeta que, aún cuando la redujera, esa reducción no puede explicar un declive económico de largo aliento, pues conduciría a la sustitución capital-trabajo, a la inmigración o a la exportación de capitales. “En resumen –concluye Brenner–, no puede asumirse que una tendencia al pleno empleo planteará de ninguna manera directa un estrangulamiento de las ganancias” (p. 18).

Ahora bien, suponiendo que estas objeciones fueran concluyentes –y no siempre es el caso–, es importante advertir que las mismas no justifican aquel desplazamiento a partir del antagonismo “vertical” entre clases hacia la competencia “horizontal” entre capitalistas. En efecto, el antagonismo entre clases no puede reducirse a la disputa entre salarios y beneficios (como sucede en la hipótesis del *profit squeeze*), ni siquiera en un contexto como el del capitalismo de posguerra, donde este enfrentamiento desempeñó un papel central. La lucha alrededor del salario indirecto y de las políticas de bienestar, de las condiciones de trabajo y del control sobre los procesos de trabajo, en los capitalismo avanzados, e incluso las luchas antimperialistas en los capitalismo atrasados, también fueron piezas claves de ese antagonismo y acarrearón consecuencias para la capacidad de valorización del capital.

Esto nos conduce a otro punto importante, vinculado ahora con la escala de su interpretación de la evolución del capitalismo de posguerra. Brenner, polemizando con los enfoques que –como los regulacionistas– dependen de marcos institucionales estado-nacionales, afirma: “Tomaré a la economía internacional –la acumulación de capital y la rentabilidad del sistema en su conjunto– como un punto de ventaja teórico desde el cual analizar sus crisis y aquellas de sus componentes nacionales” (p. 23). Sin embargo, no parte efectivamente de la economía mundial en su conjunto, sino de la competencia entre las tres economías nacionales más grandes. EE.UU, Japón y Alemania resultan ser entonces los protagonistas casi exclusivos de su estudio.

sobreproducción. La articulación entre ambas, sin embargo, no resulta evidente. El debate alrededor de la transición se encuentra compilado en Ashton, T. H. (ed.), *The Brenner Debate*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987. (Hay edición en castellano, Cítica, Barcelona, 1990).

Esas tres economías explican buena parte del producto mundial y en este sentido está plenamente justificada, desde un punto de vista metodológico-empírico, la decisión de Brenner de partir de las mismas. Pero es más que eso lo que se encuentra implícito en su decisión. "Fue la combinación de, y la interacción entre, los más viejos y más tardíos bloques de desarrollo la que determinó ampliamente a la vez el carácter del largo *boom* y la naturaleza de la larga declinación a la cual dio nacimiento" (p. 35). La competencia intercapitalista será tematizada, entonces, como un juego de suma cero entre unidades económicas estado-nacionales.

Brenner teoriza más adelante los inicios del auge capitalista de posguerra, distinguiendo entre los modos en que entran en la posguerra, en los años '50, los EEUU por una parte, y Japón y Alemania por la otra. Mientras que EEUU, victorioso y habiendo esquivado la destrucción de guerra, entró con un menor dinamismo pues venía creciendo desde hacía una década, Japón y Alemania inician su recuperación mediante un acelerado proceso de *catch-up* que persigue el liderazgo tecnológico norteamericano. Los factores determinantes de esta distinción son, por ende, nacionales: una clase obrera norteamericana menos debilitada y de mayores salarios, un interés norteamericano en la reconstrucción de posguerra en el marco de la guerra fría, unas peculiares formas alemanas y japonesas de intervención del estado y de relaciones capital-trabajo e industria-finanzas, unos procesos de crecimiento japoneses y alemanes comandados por las inversiones y las exportaciones, etc.

A partir de estas dotaciones iniciales diferenciadas comienza el mencionado juego de suma cero por la participación en los mercados. En los '50 y comienzos de los '60, Alemania y Japón multiplican su participación en las exportaciones industriales de los países avanzados a expensas de EEUU y Gran Bretaña: la crisis de la balanza comercial de EEUU a fines de los '60 será el saldo final de este proceso.

La virtud de este análisis de Brenner radica en precisar los rasgos diferenciales dentro del capitalismo de posguerra, a menudo sobresimplificados bajo el rótulo de un keynesianismo o un fordismo exitosos más o menos homogéneos a escala mundial. No obstante esta virtud, es discutible el supuesto teórico implícito de que el capitalismo mundial puede ser interpretado como un mero agregado de economías nacionales. Brenner tiende, en este sentido, a desvalorizar el alto grado de internacionalización del capital alcanzado durante la posguerra.

La manera en que Brenner interpreta la crisis del capitalismo de posguerra, por su parte, "encuentra la fuente de la declinación de la rentabilidad, esquemáticamente hablando, en la tendencia de los productores a desarrollar las fuerzas productivas e incrementar la productividad económica mediante la instalación de métodos de producción crecientemente baratos y efectivos, sin tener en cuenta las inversiones existentes y sus requerimientos de realización, con el resultado de que la rentabilidad agregada es estrangulada por los precios reducidos ante costos inflexibles a la baja" (p. 24).

La crisis se manifestó entonces en sus comienzos, argumenta Brenner, como una creciente sobre-capacidad y sobreproducción, resultante de la competencia

intercapitalista en alza. La reducción de la rentabilidad emergente condujo, más adelante, a una declinación de la inversión, el producto y los salarios y esto, a su vez, a un retroceso de la demanda efectiva y a una profundización de la crisis. A propósito del inicio de la crisis hacia 1965-73, Brenner argumenta que el mencionado aumento de la participación de Alemania y Japón en los mercados mundiales durante los '50 y comienzos de los '60 impuso una reducción de precios que generó sobre-capacidad y sobreproducción, reduciendo la rentabilidad agregada y desencadenando la crisis. La crisis del sistema monetario internacional, la penetración de productos japoneses y alemanes en el mercado de EEUU, la difusión de la crisis desde los EEUU hacia Japón y Alemania a través de la devaluación del dólar y revaluación del marco y el yen son así tematizados, entre otros fenómenos, dentro de dicha línea explicativa. A pesar de que la explicación de la crisis por parte de Brenner no carece de ciertas ambigüedades, en los análisis de este tipo de fenómenos se encuentran algunos de los principales aportes de su estudio.

Una vez iniciada la crisis, se convertirá paulatinamente en un declive de largo aliento (un "*long downturn*") debido a las dificultades que encuentran para operar los mecanismos de ajuste de la sobre-capacidad y sobreproducción que la originaron; y en particular, a las dificultades de las firmas de altos costos y baja rentabilidad para abandonar sus líneas de producción (preexistencia de insumos intangibles construidos en la línea y existencia de barreras contra el ingreso en otras líneas), así como a una competencia exacerbada por la intrusión de nuevos competidores (los tigres y dragones asiáticos).

Las políticas económicas implementadas desde los inicios de la crisis, por su parte, dificultarían aún más ese ajuste. La política keynesiana de fines de los '60 y principios de los '70 esquivó la racionalización al costo de conducir a la estanflación. La reacción monetarista de fines de los '70, con su austeridad fiscal y su dinero escaso, a pesar de su intención racionalizadora, no hizo sino golpear indiscriminadamente sobre las empresas menos productivas y las más productivas, profundizando la recesión. En este análisis se encuentran, a nuestro entender, otras de las mejores páginas del estudio de Brenner.

Las perspectivas de Brenner acerca del desarrollo futuro de este declive de largo aliento son más bien pesimistas. La recuperación de la competitividad norteamericana en la primera mitad de los '90, argumenta Brenner, descansó sobre la devaluación y se realizó a costa de profundizar la crisis a escala mundial. Y escribe, con cautela, que "es cierto que un *boom* inversor fue finalmente comenzando a materializarse en los EEUU en respuesta al crecimiento reptante de la rentabilidad. Pero la pregunta de si podrá ser lo suficientemente grande y prolongado como para sacar a la economía mundial definitivamente de sus depresiones permanece abierta" (p. 157). Por cierto, en los '90 hubo una recuperación de la rentabilidad en la economía de EEUU, que contrasta con el estancamiento de Alemania y Japón, advierte Brenner, pero esta recuperación sigue conviviendo con índices de producto, inversión, productividad y salarios peores aún que los correspondientes a los años '80.

“Si el crecimiento de los salarios puede continuar siendo reprimido así como el mercado de trabajo continuar ajustado y si la rentabilidad industrial (sólo parcialmente, pero aún dramáticamente, recuperada) puede al menos mantenerse mientras la competencia internacional se intensifica –dos grandes síes– la economía de los EEUU habrá al fin abierto la vía hacia un nuevo *boom* inversor y por ende la trascendencia potencial del largo declive” (p. 213). De esta manera Brenner, que ya había intervenido desde el comienzo en las controversias desatadas alrededor de la naturaleza de la recuperación económica norteamericana,³ reafirma sus posiciones en el cierre de su estudio. Debido al peso relativo de la economía norteamericana en el mercado mundial, por supuesto, esta controversia afecta al futuro de la economía mundial en su conjunto.

Alberto R. Bonnet

Anexo

AAVV: “*Symposium Robert Brenner and the world crisis*”, en *Historical Materialism* 4 (parte 1, verano de 1999) y 5 (parte 2, invierno de 1999), Londres, London School of Economics (incluye trabajos de A. Callinicos, G. Carchedi, S. Clarke, G. Duménil y Lévy, Ch. Harman, D. Laibman, M. A. Lebowitz, F. Moseley, M. Smith, E. Meiksins Wood, W. Bonefeld, A. Freeman, M. Husson, A. Shaikh, T. Smith R. Walker y J. Weeks).

Brenner, R., “How Clinton failed to bring the state back in”, en *Against the Current* 8 (47), Detroit, septiembre–octubre de 1993 (parte 1) y 10 (56), mayo–junio de 1995 (parte 2).

Brenner, R., “The looming crisis of world capitalism: from neoliberalism to depression?”, en *Against the Current* 13 (77), Detroit, noviembre–diciembre de 1998 (reproducido en castellano en *Cuadernos del Sur* 28, Bs. As., mayo de 1999).

Brenner, R., “Competition and class: a reply to Foster and McNally”, en *Monthly Review* 51 (7), New York, diciembre de 1999.

Camejo, P., “The great bull market vs. ‘looming crisis’. On Brenner’s theory of crisis”, en *Against the Current* 14 (80), Detroit, mayo–junio de 1999.

Fine B., Lapavistas, C. y Milonakis, D.: “Addressing the world economy: two steps back”, en *Capital and Class* 67, Londres, primavera de 1999.

3. El punto, en particular respecto de la productividad (la nueva economía), fue hacia fines de los ‘90 motivo de una creciente controversia en el *mainstream* económico norteamericano. Y ese punto es motivo de toma de posición para Brenner y de controversia para varios de sus comentaristas (incluyo también en la bibliografía algunos textos de esta controversia más puntual).

- Foster, J. B., "Is overcompetition the problem?", en *Monthly Review* 51 (2), New York, junio de 1999.
- Goldner, L., "'Total capital' rigor and international liquidity: A reply to Robert Brenner", en *Against the Current* 14 (80), Detroit, mayo-junio de 1999.
- Laibman, D., "Editorial perspectives: global turbulence and capitalist crisis", a *Science and Society* 63 (1), New York, primavera de 1999.
- Malloy, M. C., "On Brenner's politics of U.S. decline", en *Against the Current* 10 (57), julio-agosto de 1995.
- Malloy, M. C. y Post, Ch., "Understanding the Unevenness of Capitalist Development: a reply to Robert Brenner", en *Against the Current* 14 (79), Detroit, marzo-abril de 1999.
- McNally, D., "Turbulence in the world economy", en *Monthly Review* 51 (2), New York, junio de 1999.
- Moseley, F., "The United States Economy at the Turn of the Century: Entering a New Era of Prosperity?", en *Capital and Class* 67, Londres, primavera de 1999.
- Ticktin, H., "Accumulation and Control of Labour", en *Against the Current* 14 (79), Detroit, marzo-abril de 1999.
- Walker, R., "Capital's global turbulence: an introduction", en *Against the Current* 13 (78), Detroit, enero-febrero de 1999.

Eduardo M. Basualdo, *Concentración y centralización del capital en la Argentina durante la década del noventa. Una aproximación a través de la reestructuración económica y el comportamiento de los grupos económicos y los capitales extranjeros*, coedición de Universidad Nacional de Quilmes, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) e Instituto de Estudios sobre Estado y Participación (IDEP), Buenos Aires, 2000, 263 páginas.

La década del noventa representó para la Argentina un período de significativos cambios que determinaron una profunda reestructuración económica, cuyos primeros antecedentes se encuentran en la última dictadura militar. Basualdo centra su análisis en las reformas estructurales que comienzan con el plan de Convertibilidad y sus consecuencias en el plano económico y social entre 1991 y 1997. Para comprender el alcance de la concentración y centralización del capital como procesos de largo plazo que se desarrollan bajo una situación de regresión en la distribución del ingreso, se deben visualizar cuatro fenómenos esenciales: la transferencia de activos estatales, la posterior enajenación de los paquetes accionarios de los consorcios que surgieron y otros cambios en la propiedad del capital; la valorización financiera; la consolidación de las asociaciones y la creciente

autonomía de la cúpula empresaria respecto del resto de la economía, en términos de las ventas, la rentabilidad y el sector externo.

La transferencia de activos le permite al capital concentrado expandirse e independizarse del ciclo, lo que conlleva transformaciones socialmente regresivas. La situación diferencial de la cúpula respecto del resto en términos de la producción, la rentabilidad y del sector externo plantea la desvinculación entre las ventas de las grandes firmas y el ciclo económico durante la Convertibilidad. En las últimas dos décadas, los conglomerados extranjeros (que fueron relevantes en la década del ochenta) y grupos económicos locales consolidan un bloque hegemónico, ya que diversifican sus actividades y cuentan con un poder oligopólico. Los cambios estructurales que lleva adelante el gobierno justicialista le permiten a la cúpula empresaria crecer a una tasa superior que la del conjunto de la economía. En este sentido, los sectores de poder sólo impulsan un cambio en la política macroeconómica cuando les es imposible eludir el impacto de la fase descendiente del ciclo sobre la facturación y la rentabilidad.

Dicha independencia también se expresa en el sector externo: la tendencia al superávit comercial de esa cúpula empresaria desde 1995, se opone al déficit de la balanza comercial del país. Las evidencias muestran el carácter asimétrico de la apertura comercial respecto a aquel sector y al resto de la economía: del monto total de exportaciones, el 63% las realiza la cúpula, mientras que el 72% de las importaciones las realiza el resto de la economía. Los grupos económicos locales tienen, en particular, el saldo comercial más alto dentro de la cúpula. Por otro lado, es notable la concentración que exhiben los flujos comerciales en unas pocas actividades industriales (en cuatro ramas).

Mientras que el capital goza de una sostenida expansión, más allá de la fase del ciclo, el salario constituye una variable que se retrasa. A diferencia de lo que ocurre con la facturación de la cúpula, el salario termina siendo independiente, pero en otro sentido: la ocupación pasa a ser una variable de ajuste. La masa salarial aumenta en el período considerado un 6%, mientras que las utilidades del capital lo hacen en un 69%, efecto que se potencia por el fenómeno de expulsión de la mano de obra. La caída de los salarios reales erosiona la alianza entre los sectores nacionales y el trabajo: éste es visto ahora solamente como un componente de los costos y no de la demanda. Se interrumpen de esta manera las tradicionales pugnas sectoriales (entre el campo y la ciudad).

Durante toda la década se produjeron otros fenómenos, de por sí notables, como la quiebra de varias empresas, la transferencia de activos públicos y privados, además de importantes modificaciones en términos de la propiedad del capital. Pero emerge un hecho que precede a los demás. En relación con la interrupción de la industrialización por sustitución de importaciones (ISI), la valorización financiera se presenta como el eje ordenador de las relaciones económicas, debido a que la tasa de interés interna es superior a la internacional (y también a la rentabilidad de otras actividades), y a que el aumento del endeudamiento externo es una masa de excedente valorizable en el mercado interno, y que en consecuencia

busca obtener una renta financiera. El estado juega aquí un rol preponderante ya que se endeuda internamente (y así mantiene la diferencia de tasas) y su endeudamiento externo permite obtener las divisas que el capital concentrado adquiere en el mercado cambiario y luego remite al exterior. Una de las manifestaciones de la valorización financiera es que en términos relativos, a diferencia de lo que ocurría bajo la ISI, los activos financieros crecen a una tasa mucho mayor que los activos físicos.

El análisis del plan de Convertibilidad y demás reformas (privatización, remoción de regulaciones del estado, liberalización del mercado cambiario, reestructuración de la administración estatal, apertura comercial asimétrica, derogación de los derechos de los trabajadores) que posibilitaron estos procesos, marca la evidente funcionalidad de las privatizaciones y las desregulaciones con respecto a dicho plan.

Los consorcios vinculados a la privatización de empresas públicas, nacen paralelamente a un nuevo ciclo de endeudamiento externo privado (las asociaciones son las más activas dentro del mismo). Este nuevo ciclo se sostiene tanto de parte del Estado como de los privados, pero es conducido en los años noventa, al igual que en los setenta, por los grupos económicos y los distintos tipos de capital extranjero que convergen con el endeudamiento que llevan a cabo los grandes bancos del mercado local (en su conjunto, la deuda externa crece más de lo que lo hace el producto bruto). Se trata de un proceso complejo en el cual sólo una parte del endeudamiento externo privado se valoriza internamente, mientras que el resto va a financiar actividades y el crecimiento de grandes firmas oligopólicas. Se combina lo que ocurrió tanto bajo la ISI —el endeudamiento interno se destinaba a financiar el capital de trabajo y la inversión— como en los años ochenta, cuando el propósito era obtener una renta financiera. De esta manera, puede usarse el capital propio para otros fines, como la remisión de recursos al exterior. Esta función indirecta del endeudamiento destinado a financiar el capital de trabajo y la expansión de empresas es nueva (no existe en la ISI). Estos dos procesos (endeudamiento externo y destino de las utilidades), junto con la venta de empresas y paquetes accionarios por parte de grupos económicos, posibilitan la salida de capitales.

La década del noventa está estrechamente ligada al carácter y resolución de la crisis inflacionaria de fines de los ochenta. Desde allí se profundiza el mismo proceso de concentración y centralización que se venía desplegando desde la interrupción de la ISI en los setenta. La recuperación de la crisis se produce por medio de un acelerado e ininterrumpido aumento de las ventas generadas por la cúpula: la Convertibilidad no sólo potencia este hecho sino que impulsa un veloz crecimiento de las utilidades, y por lo tanto, de la rentabilidad de las grandes empresas. La crisis y la posterior reestructuración no se basan en las tradicionales pugnas distributivas entre el capital concentrado y el trabajo (rasgo típico de la ISI), sino que en su lugar se desarrolla una nueva contradicción entre el proceso de acumulación local y los acreedores extranjeros (estando el salario y el estado subyugados por el patrón dominante). Sin embargo, la regresión en la distribución

del ingreso y las privatizaciones constituyen esferas en donde coinciden los intereses del capital concentrado (financieramente internacionalizado) y los acreedores externos; en cuanto al proceso de desregulación, se generan mayores conflictos. Lo primero se ve claramente en la decisión y necesidad de encarar las privatizaciones: para los acreedores significaba recuperar por medio de la capitalización (rescate) de bonos, gran parte del capital adeudado y para el capital interno, acceder a la propiedad de activos con alta rentabilidad potencial (asegurada por medio de ganancias extraordinarias y por la fijación de precios). Cabe aclarar aquí que la entrada de capitales vinculados a las privatizaciones, genera sólo una transferencia de la propiedad de las empresas ya existentes sin efecto sobre la inversión agregada y por lo tanto, sobre el stock de capital.

Desde comienzos de la década, la incidencia de las empresas de los grupos económicos se expande notablemente, ya que la facturación de sus empresas controladas aumenta al mismo ritmo que la de la cúpula, y tienen una considerable participación en las asociaciones (que es el tipo de empresa más relevante dentro de las grandes firmas). Sin embargo, los grupos económicos se muestran nostálgicos de la ISI, enfatizando su carácter nacionalista frente al avance extranjero y planteando la necesidad de la reindustrialización exportadora; pero este discurso intenta ocultar que al mismo tiempo alentaron la valorización financiera y la desindustrialización, el auge de la comercialización y los servicios (cuya evolución se vincula con las modalidades de las privatizaciones), y el fin de las empresas locales independientes. La desindustrialización es una de las continuidades estructurales más significativas de las últimas dos décadas.

A lo largo del período, la diversificación de las actividades es un rasgo esencial de los grupos económicos y los conglomerados extranjeros, ya que definen sus acciones y estrategias teniendo en cuenta la economía en su conjunto e incluso las oportunidades de inversión presentes a nivel internacional. Para los primeros, incluye tanto a la producción agropecuaria como a la tenencia de participaciones de capital en los consorcios que se crean: junto con la diversificación hacia los servicios, es una característica que tiende a aminorar sensiblemente el carácter industrial de esos agentes. La magnitud de su diversificación también se puede apreciar observando otras variables, como la emisión de las obligaciones negociables, el endeudamiento de sus empresas controladas, y las asociaciones en las que participan.

En base a la estabilidad de precios y el crecimiento, la cúpula empresaria logra su expansión y dentro de ella se consolidan las asociaciones entre el capital extranjero y los grupos económicos. Las asociaciones de capitales son predominantes durante la Convertibilidad: poseen la facturación más alta de la cúpula y son líderes en la adquisición de activos fijos, concentrándose en ellas las operaciones de compra. Las asociaciones, los conglomerados extranjeros y los grupos económicos locales se distinguen por articularse entre sí mediante la propiedad del capital.

Dentro de la cúpula, las asociaciones adquieren una creciente autonomía, en tanto los capitales (grupos económicos) que articulan las firmas entre sí y en rela-

ción con la esfera política, pierden gravitación desde mediados de la década, y caen en el espacio económico junto con el resto de los capitales, es decir, en las asociaciones. También los conglomerados extranjeros crecen en base a sus empresas controladas y debilitan su presencia en las asociaciones: Tanto los unos como los otros disminuyen su incidencia en éstas, y de este modo cobran importancia los capitales cuya inserción implica solamente ser accionista de empresas asociadas: de este modo las asociaciones pasan a ser una empresa al igual que el resto.

El capital se consolida en base a la concentración económica, al converger la valorización financiera con las reformas estructurales, y al aumento de las exportaciones. Justamente el dinamismo exportador de la cúpula en el último trienio del período considerado es crucial, ya que es lo que le permite mantener un alto crecimiento de las ventas cuando la economía entra en crisis en 1995. Los mismos factores, además de la transferencia de acciones de empresas privatizadas y de otras empresas oligopólicas privadas, permiten consolidar al capital extranjero.

Sin embargo existen diferencias dentro del capital oligopólico local (entre grupos económicos y empresas locales independientes), porque son agentes económicos distintos (tanto como lo eran las empresas nacionales de las extranjeras bajo la ISI) y diferencias dentro del capital extranjero (entre empresas transnacionales y conglomerados extranjeros). Dichas discrepancias llegan a tal punto, que hay más semejanzas entre los grupos económicos locales y los conglomerados extranjeros, que entre los primeros y las empresas locales independientes (similitud aún mayor si se tiene en cuenta la internacionalización de los grupos económicos, la fuga de capitales que protagonizan, y la pérdida de relevancia de las empresas locales independientes). Por otro lado, el análisis que plantea la mera oposición entre el capital local y el extranjero, no dejaría ver la irrupción de las asociaciones.

En cuanto al grado de estabilidad de las empresas de la cúpula, si consideramos para ello la evolución de las ventas, se confirma una alta estabilidad de las grandes firmas; esto difiere fuertemente del proceso de centralización del capital que se gesta en esos años. Durante la década del noventa no se produce una gran renovación de las firmas que integran la cúpula, sino un inusual cambio de su propiedad que por lo general no es acompañado por un cambio en la denominación de las empresas afectadas. En cambio, si a ese criterio le sumamos la modificación de la propiedad, la estabilidad disminuye considerablemente. Por lo tanto, las transferencias de capital, que se describirán a continuación, involucran a numerosas empresas de mayores ventas.

Se pueden identificar dos etapas en la evolución de los distintos capitales, propietarios de las grandes firmas. Entre 1991 y 1995, se destacan los cambios en términos de activos fijos en cuanto a la privatización de empresas públicas y a las asociaciones entre los grupos económicos locales (quienes efectúan la repatriación de lo que habían fugado desde 1979, cuyo destino había sido distintas colocaciones, hasta en bonos de la deuda externa) y el capital extranjero. Las privatizaciones tienen una incidencia estructural importante y se desarrollan en un corto lapso de tiempo, ya que convergen los distintos intereses. La enajenación de ac-

tivos públicos provoca la creación de consorcios (que cuentan con la mayor facturación y rentabilidad de la cúpula). Las empresas privatizadas son fundamentales dentro de las asociaciones que se crean, las cuales reúnen a dichos consorcios, pero además se constituyen a partir de sociedades controladas por otras entidades que son propiedad de los grupos económicos y conglomerados extranjeros, y también de capitales foráneos que recién se instalan en el país, tales como inversores locales o extranjeros, bancos, fondos de inversión, empresas transnacionales (la asociación de estas últimas con capitales locales es un hecho inédito en la economía). La organización de las asociaciones que se hacen cargo de los servicios públicos privatizados es el resultado de una paridad de fuerzas entre las distintas fracciones del capital. De este modo se constituye una propiedad inédita: "una comunidad de negocios" entre los capitales más poderosos de la economía interna, que generan peso sobre el sistema político. Este no es un tema menor, ya que el éxito o fracaso de una empresa bajo dicho contexto no depende prioritariamente de las decisiones microeconómicas que la misma asuma sino del contexto macroeconómico: por ende, la capacidad de influir en las decisiones de las políticas públicas es decisiva.

Por otro lado, entre 1995 y 1997 el rasgo fundamental es la transferencia de la totalidad o parte del capital de varias empresas privadas. La voluntad de vender se conjuga con la voluntad de comprar, siendo el mercado argentino uno de los más rentables del mundo. El papel central en los movimientos de capital es asumido por las transferencias de acciones de las asociaciones: en estas operaciones se involucra a consorcios no vinculados con las privatizaciones, pero la mayoría sí lo están, por lo cual esto constituye una "segunda vuelta de las privatizaciones" (estas ventas se realizan por parte de grupos económicos, y en menor medida de las empresas locales independientes). En esta etapa, se fortalece la influencia del capital extranjero y decae la de los grupos locales (que como contrapartida jerarquizan la valorización financiera y el capital líquido).

La facturación de las empresas privatizadas aumenta considerablemente en los años en que se concretan las principales transferencias al sector privado, para luego de 1995 continuar su expansión pero a un ritmo menor. De esta manera la facturación de las empresas transnacionales y conglomerados extranjeros aumenta, a diferencia de la de los grupos económicos. Con la atenuación de las privatizaciones, a partir de 1994, se reanuda la salida del capital local al exterior, que se sustenta en la diferencia de tasas de interés, una elevada masa de utilidades, la alta rentabilidad de las grandes empresas y en las ventas de empresas o participaciones accionarias por parte de una fracción local del capital concentrado.

El impacto de las privatizaciones sobre las transformaciones de la economía no se circunscribe sólo al período 1990-1994, sino que la influencia de la transferencia del capital se proyecta luego en otras formas. La transferencia de activos estatales es un factor decisivo de la centralización. La reestructuración no es el resultado de una competencia oligopólica por el control de los mercados: la debilidad del estado no fortaleció el libre juego de la oferta y la demanda. Justamente el

efecto sobre la evolución de los precios relativos es notable: el predominio de los precios de bienes y servicios no transables y transables protegidos (naturales o no), en detrimento de los transables.

El estado es el impulsor principal de los cambios que se hacen en la propiedad de las grandes firmas (aún después de las privatizaciones), y es también el agente económico que sustenta la conformación inicial de las asociaciones. Por lo tanto, éstas se consolidan, en un primer momento, en base a las privatizaciones, y luego gracias a la "segunda vuelta de privatizaciones" y a la retracción de las empresas locales independientes y los grupos económicos, lo que trae aparejado la expansión del capital extranjero.

En cuanto a los grupos económicos, en 1995 gozan de la máxima expansión en términos de la economía real. Luego su facturación se estanca a causa de la transferencia parcial o total del capital de varias firmas oligopólicas. Dicha retracción se produce paralelamente a una gran salida de capitales (mayor que el monto de los servicios de la deuda). En este sentido, los grupos económicos conservan lo obtenido durante el primer quinquenio de la década y a su vez se ven afectados por una pronunciada alteración en la composición de su capital, dado que aumentan los activos financieros, sobre todo en el exterior. Su nueva estrategia será la de concentrar el capital fijo en actividades con ventajas comparativas naturales (producción agropecuaria-agroindustrial). En efecto, esto forma parte de un proceso más amplio de afianzamiento de una estructura industrial sustentada en las ventajas comparativas naturales y el deterioro relativo, no sólo de producciones más complejas tecnológicamente sino también de los bienes industriales transables, lo que resulta de la asimetría de la apertura importadora.

El capital extranjero presenta una evolución opuesta a la de los grupos económicos, ya que es el principal comprador de los activos que enajena el resto de las empresas. El avance de los conglomerados extranjeros y empresas transnacionales se cristaliza en la incorporación de nuevas empresas y la adquisición de empresas ya instaladas. Su presencia en la economía real se acentúa desde 1997, consolidándose como la más dinámica: los conglomerados extranjeros superan el nivel de facturación de las asociaciones, forma de propiedad más importante.

Sin embargo se debe precisar el alcance de la retracción de los grupos económicos: aún incrementando sus activos financieros, dicha declinación no lleva a su disolución en la economía real. Si bien las ventas de empresas y acciones afectan la producción de bienes y servicios de los grupos económicos, estas transferencias de capital no involucran a firmas o consorcios que tienen una baja rentabilidad o problemas de competitividad, sino que se trata de casos de empresas dinámicas, con alta rentabilidad, y que explotan mercados cautivos.

La venta de activos físicos por parte de los grupos económicos es un proceso que tiene su máxima expresión cuando se intensifican las compraventas de paquetes accionarios. Las razones de dicha venta se relacionan con la valorización financiera: los consorcios privados le pagan al estado por sus empresas públicas precios subvaluados y mediante la capitalización de títulos de la deuda. Por otra parte, la

transferencia de empresas oligopólicas y monopólicas se impulsó en mercados cautivos con una regulación precaria. La alta rentabilidad es garantía de la concentración del ingreso y de ingentes ganancias patrimoniales. La combinación de un bajo precio inicial y una elevada rentabilidad genera una revaluación en términos económicos y patrimoniales, que sólo se realiza en el mercado con la transferencia de la parte accionaria. Sería un error pensar que los montos percibidos por las ventas de sus empresas controladas y de paquetes accionarios de sus firmas vinculadas no se envían al exterior, sobre todo recordando que bancos locales y extranjeros y fondos de inversión participan en los consorcios derivados de las privatizaciones. Obtienen así una renta diferencial y evitan el riesgo cambiario. El capital se dirige hacia bonos o títulos de la deuda, hacia la inversión extranjera en el exterior u otras actividades con rentabilidad mayor a la media. Se retoma el mismo fenómeno que en los años ochenta restringió la formación de capital: la salida de ahorro interno, pero ahora en una economía centralizada en los servicios, con un alto endeudamiento externo y una marcada declinación industrial.

En los sectores dominantes se desarrolla una nueva contradicción, si bien es cierto que con las reformas disminuye la brecha de la disputa entre los acreedores externos y el capital concentrado. Desde 1995, la venta de empresas o participaciones de capital en las asociaciones comienza a disgregar esta "comunidad de negocios", que se sustentaba en los consorcios formados en los años anteriores. Aparecen entonces contradicciones de una nueva naturaleza, que ahora se desarrollan entre ciertas fracciones del capital de la cúpula (y no entre éstos y los acreedores externos).

Por último, y en cuanto a la fijación del tipo de cambio, los conglomerados extranjeros y las empresas transnacionales aumentan sus activos fijos con la adquisición del capital de empresas oligopólicas, lo que les genera un riesgo cambiario. Por el contrario, los grupos económicos y los que venden activos fijos, incrementan sus activos financieros en divisas, que se invierten en el exterior. Por lo tanto, si se modificara el tipo de cambio, para estos últimos no existe riesgo cambiario sino una ganancia de capital. En este sentido, a medida que avanzan las transferencias de empresas, los compradores apoyan mantener el tipo de cambio para conservar el mismo valor, en divisas, de sus activos físicos (también alientan la dolarización), mientras que los vendedores buscan alterarlo para aumentar el valor, en moneda nacional, de sus activos líquidos en dólares.

En conclusión, las transferencias de la propiedad del capital constituyen la base para que las privatizaciones y las asociaciones sean los dos fenómenos más relevantes de la cúpula empresarial en los años noventa. Basualdo expone a lo largo de su libro una realidad consecuente con las políticas públicas marcadamente neoliberales de las últimas décadas, y asimismo se pregunta si estas reformas no terminan siendo un impedimento insalvable para el desarrollo o crecimiento de mediano plazo de la Argentina; la respuesta parece ser, desgraciadamente, asertiva.

Guillermo Vitelli, *Los Dos Siglos de La Argentina. Historia económica comparada*. Prendergast, 1999, 811 páginas.

Luego de muchos años de predominio del corto plazo y de las metodologías tecnicistas en el pensamiento económico en la Argentina, parece afianzarse nuevamente una corriente de trabajo que apunta a desentrañar la evolución de la economía del país desde una perspectiva más amplia en cuanto a temática, apertura metodológica y horizonte temporal. Con mayor o menor ambición, originalidad y calidad en sus propuestas, diversos autores han replanteado la forma de entender los problemas económicos, insertándolos en una perspectiva de largo plazo, es decir, retornando a la percepción de que los fenómenos económicos sólo pueden ser comprendidos cabalmente a partir de su dinámica histórica. Ubicado en esa perspectiva, el libro de Guillermo Vitelli es uno de los trabajos más destacados de los últimos tiempos.

Probablemente uno de los elementos fundamentales de la obra es el hecho de que no responde a una repentina necesidad de bucear en el pasado a falta de respuestas en otras dimensiones para comprender la crisis actual. Por el contrario, refleja un proceso de maduración genuino en el pensamiento de un autor que ya en sus anteriores libros había recurrido a tal perspectiva. Además, la retrospectiva tiene como fin desentrañar la raíz de los problemas actuales sin atascarse en un historicismo vacío; el enfoque responde a la necesidad de explicación, a la que se le agrega un importante condimento adicional, poco frecuente en obras de este tipo: la permanente comparación con la evolución de otros países.

El punto de partida del libro es la profunda crisis actual y sus determinantes. Vitelli señala que, en algún momento de su historia, Argentina debió internalizar un alejamiento profundo frente a las esperanzas construidas en tiempos no muy lejanos; algo no auspicioso debió haber ocurrido con los articuladores de su economía, y eso se proyectó en el tiempo, instalando la desazón de fin del siglo xx. El interrogante es muy sencillo, pero la respuesta no lo es tanto. En contraposición a los habituales análisis monocausales a los que nos acostumbró la franciscana pobreza de buena parte de los economistas de las últimas décadas, el autor recurre a diversos ejes explicativos que, a lo largo de dos siglos, se articularon siempre, aunque de manera dispar en el tiempo. Para Vitelli, los más destacados son la dotación originaria de riquezas, los eslabonamientos internos tejidos desde el pasado (anatomías productivas, así como habilidades y carencias tecnológicas y de organización), el ensamble entre los paradigmas tecnológicos y las disponibilidades internas de recursos, los modelos de crecimiento y la intencionalidad de las políticas económicas y, finalmente, los comportamientos de los mercados mundiales de bienes, monedas y créditos.

A partir del estudio de estos ejes, la obra se interna en el cuestionamiento de algunas hipótesis generalmente aceptadas, preguntándose, por ejemplo, si el período que transcurre entre el último cuarto del siglo xix y el primero del siglo xx era tan venturoso como se supone habitualmente, o si se trataba sólo de una ilu-

sión. Las hipótesis se ven enriquecidas y sustentadas por un abundante material empírico, que no sólo pretende graficar lo ocurrido internamente, sino —fundamentalmente— compararlo con lo que sucedía en otras partes del mundo. Uno de los objetivos centrales del libro es tratar de desentrañar por qué Argentina se fue alejando cada vez más de los senderos de crecimiento de otros países que, por dotación de factores, grupos sociales, posición geográfica o potencialidad, podían ser comparables.

Simultáneamente, avanza en una sistematización de los diferentes esquemas explicativos existentes, a partir de una meticulosa revisión bibliográfica, que abarca tanto los trabajos de historia económica como los análisis de la época en cuestión. Especialmente útiles resultan los cuadros en los que se conceptualizan y bosquejan las principales ideas en torno a un problema específico, como en el caso del cuadro 110 de las páginas 315 a 322, donde se resumen las explicaciones sobre las causas de la declinación argentina en la literatura económica e histórica, enumerando a los principales defensores de cada tesis.

A lo largo de 27 capítulos, el autor avanza en el análisis de las cuatro etapas en las que divide la evolución de la economía argentina: el siglo y medio anterior a la organización política de la nación, el desarrollo de la economía agroexportadora entre 1880 y 1938, un interregno entre dos modelos de crecimiento —que transcurre entre 1938 y 1948— y, finalmente, una última etapa que se inicia a fines de los '40, por la que aún estaríamos transitando. La segunda y la cuarta etapa, a su vez, constituyen dos modelos de crecimiento que reconocen diferentes fases y que concluyen con un período de agotamiento y crisis que transcurre entre 1928 y 1938 en el primer caso y a partir de 1975 en el segundo.

La primera etapa nos muestra una Argentina con un perfil productivo de tipo pastoril y de subsistencia, en la que la producción crecía muy lentamente y el país se retrasaba paulatinamente frente a otros como Australia, Canadá o los EEUU, aunque el producto por habitante de 1870 superaba, por ejemplo, al de Noruega. Sin embargo, esto es tal vez lo menos importante. Lo más destacable es que el siglo previo al comienzo del modelo agroexportador no fue para nada inocuo sobre la conformación posterior de la economía argentina. Su influencia se proyecta hacia el futuro, porque es entonces cuando empiezan a cristalizar las condiciones y trabas que, en ciertos casos, persisten en el presente.

Entre los principales frenos al crecimiento del período, Vitelli destaca la inexistencia de un sector manufacturero que empujara positivamente, la ausencia de cambios tecnológicos externos ensamblados con los factores y recursos internos, y la presencia de políticas exclusivamente mercantilistas y aperturistas. Además, en comparación con otros países que sí crecieron, Argentina tenía una menor diversificación y una mayor fragmentación política.

Aunque la caracterización permite explicar muchos de los problemas de la época, se aprecia también cierta tendencia a absolutizar algunas hipótesis, a presentarlas de un modo algo vehemente, en lugar de introducir algunos matices igualmente importantes. La economía cerrada y de subsistencia a la que se hace

mención, por ejemplo, tenía una salida exportadora alrededor de la cual giraba buena parte de la actividad productiva, particularmente evidente con el ciclo de la lana desde mediados del siglo XIX. En el contexto anterior, además, resulta difícil entender el por qué de las políticas aperturistas y mercantilistas. Igualmente, se pueden cuestionar las pocas referencias a las estructuras sociales en el modelo explicativo.

De todos modos, la idea de una economía abierta y a la vez estancada absoluta o relativamente, permite al lector preguntarse si, tal como suele pregonarse, toda apertura al sistema internacional tiene resultados favorables per se, o si es necesario que se presenten ciertas precondiciones. La respuesta que uno puede formularse luego de leer la primera parte de la obra se vuelca mucho más a la segunda alternativa que, además, reaparece permanentemente, encadenándose estrechamente con el presente.

A partir de 1880 se produce, según Vitelli, una ruptura tajante con el pasado, vinculada a la posesión definitiva del territorio y a la estructuración del estado. Se inicia así una etapa de importante crecimiento basada en la rápida inserción en los mercados mundiales de alimentos y motorizada por la incorporación de tierras. Buena parte de los frenos al crecimiento característicos de la etapa anterior quedaron superados, aunque persistieron otros, como la concepción aperturista y la falta de acople de otras actividades a la producción pampeana. A causa del primero se produjo una filtración de recursos hacia el exterior por medio de la transferencia de utilidades, los movimientos de los precios de las exportaciones y las importaciones, y la persistencia de la necesidad de importar masivamente insumos. Por el segundo, no se promovió un perfil productivo parecido al de los países industrializados. Por eso, el crecimiento no alcanzó el nivel de los países desarrollados y tampoco pudo sostenerse en el tiempo, más allá de una primera etapa de auge que concluyó poco antes del comienzo de la Primera Guerra Mundial. Desde ese momento, el crecimiento se desaceleró para trocarse en estancamiento a partir de 1929. Por eso, el autor habla de un resultado dual, ya que se logra, por un lado, un aumento de la actividad económica pero, por el otro, no se gesta un crecimiento autosostenido.

En este contexto, es particularmente interesante el capítulo 8, en el que se analizan los bloqueos persistentes en el sector industrial, y que, a la postre, van a constituir uno de los problemas principales de la ruptura posterior a 1929. El agotamiento de la expansión agropecuaria no pudo ser superado entonces por un dinamismo proveniente de otros sectores —en especial de la industria—, debido a los escasos acoples internos entre la actividad agropecuaria y aquellos. La falta de impulso diversificador es atribuida en gran medida a las propias características del modelo agroexportador, cuya contracara fue la orientación de la demanda interna de productos no rurales hacia la importación. De esa forma, cuando la producción agropecuaria perdió impulso, el debilitamiento del crecimiento se derramó sobre toda la constelación económica. Incluso algunos puntos fuertes del pasado, como la capacidad de importar derivada del flujo de exportaciones, se transforma

ahora en un talón de Aquiles. El estancamiento de las ventas externas impuso una restricción de divisas que dificultó la transformación de la estructura productiva en momentos de una revolución tecnológica internacional. Por eso, entre 1938 y 1948 se avanzó en una sustitución de importaciones más por necesidades inmediatas que por una política deliberada. Allí se produjo el primer gran distanciamiento entre la economía argentina y los países desarrollados, que se puede apreciar en el dispar crecimiento de la disponibilidad de bienes per cápita y que tiene diversas causas, como el retraso tecnológico derivado de las dificultades para importar bienes de capital y la incapacidad para producirlos internamente, la "atomización industrial" que indica un tamaño de planta notoriamente chico, o una morfología de la producción manufacturera que reprodujo una estructura trunca y fragmentada.

La situación comienza a cambiar a fines de los años '40, cuando se replantea el patrón de acumulación a partir de políticas económicas que tratan de levantar los bloqueos del pasado, estimulando la aparición de nuevas actividades —especialmente en la industria—, movilizand o nuevos recursos minerales y mejorando la infraestructura de transporte. Simultáneamente, se protege más enfáticamente al mercado interno y se recurre al capital extranjero para reducir la incidencia de la baja tasa de acumulación de capital y de generación de tecnología. Se plasma así un nuevo modelo que, para Vitelli, se extiende entre 1948 y 1991.

Desde una perspectiva comparativa, el nuevo modelo provocó la profundización de los rezagos frente a las demás naciones, al registrarse un menor crecimiento relativo de la disponibilidad de bienes y de las exportaciones, así como una menor tasa de inversión. En los capítulos correspondientes, se realiza un esfuerzo por analizar las características del modelo, pero priorizando la explicación de las causas de ese rezago. Para ello, se identifican dos etapas, que abarcan los períodos 1948–1975 y 1975–1991 respectivamente. Si bien en ambas se produjeron los mencionados retrasos, la primera registró, al menos, un aumento del producto per cápita, mientras que en la segunda el PBI per cápita directamente disminuyó, lo que produjo una aceleración del distanciamiento comparado.

En la primera etapa se produjo un comportamiento no armónico, con ciclos o fluctuaciones marcados. Allí los distanciamientos ocurrieron en momentos puntuales y no de manera paulatina. Vitelli identifica una asociación entre los momentos iniciales y finales de las ondas de precios vinculadas a los planes de ajuste. En ese punto, el autor plantea una de sus hipótesis centrales: los planes de ajuste resultaron necesarios para una movilización de recursos por medio de cambios en la estructura de los precios relativos, pero a la vez provocaban una contracción del mercado interno, que conducía a una recesión, de la que se derivaban los retrasos. Pero entonces ¿por qué se recurrió sistemáticamente a este tipo de mecanismos? La respuesta de Vitelli apunta a los bloqueos o frenos que hundían sus raíces en el pasado, tales como las dificultades en la creación o adaptación de tecnologías, los vacíos en diversas ramas de la producción o la débil interrelación entre los diferentes sectores productivos.

En ese punto vuelve a aparecer uno de los principales méritos de la obra. Los ejes explicativos tratan de relacionar los condicionantes históricos, el contexto internacional y las políticas internas; lo ocurrido es la resultante de esos tres elementos. Esa perspectiva permite plantear hipótesis más elaboradas y escapar de las visiones más simplistas, cuestionando a la vez las interpretaciones más usuales, tales como el contraste entre un modelo agroexportador venturoso y una crisis posterior originada en su reemplazo por un modelo industrialista, la perversidad de una política económica (especialmente en materia monetaria, fiscal y salarial) excesivamente laxa, o la atribución de todos los males a la maldad de los poderes externos. El libro muestra que, así como el modelo agroexportador permitió la expansión, en cierto momento se derrumbó y descubrió, además, debilidades que se proyectaron hacia el futuro y condicionaron severamente la marcha del proceso de industrialización. También enfatiza que los principales retrasos en la segunda mitad del siglo XX tuvieron más que ver con la aplicación de políticas ortodoxas que con la supuesta laxitud, o que el condicionante externo también proyectaba su influencia en países que tuvieron un derrotero diferente, delineado a través de otro tipo de políticas internas; por lo tanto, es allí donde se debe enfatizar la explicación del declive de Argentina.

Los argumentos que esgrime Vitelli apuntan especialmente a los aspectos productivos antes que al manejo monetario, fiscal o financiero, aunque sin descuidar la incidencia de estos tópicos. Eso le permite escapar de concepciones ortodoxas, poniendo de manifiesto que "la milanesa" es bastante más compleja, que los encadenamientos entre los tres ejes aludidos tejen una trama que no admite simplificaciones sin el riesgo cierto de crear una caricatura. Desde esa perspectiva, pone de cabeza la "historia oficial", mostrando una interpretación alternativa que abre un camino fecundo, en momentos en los que Argentina tiene por delante un debate a fondo sobre su destino económico.

De la misma forma, en la última parte de la obra puede señalar y explicar algunas paradojas notables. La descarnada recorrida por el período que arranca en 1975 y concluye con las dos hiperinflaciones de 1989 y 1991 muestra una etapa de notable profundización de la decadencia, en la que se acentuaron los rasgos negativos, como la inflación o el retraso frente a otros países, pero también aparecieron otros aún más perversos, como la caída absoluta de la producción per cápita o el drástico descenso de la tasa de inversión. Se constata allí que en diversas ocasiones se aplicaron políticas públicas que en el pasado habían permitido, más tarde o más temprano, resultados favorables, mientras que ahora el nuevo contexto contribuía a resultados opuestos o, al menos, muy diferentes. De la misma forma, se señala una paradoja notable: en esa etapa se produjo una llamativa expansión del sector agropecuario que, a diferencia de lo ocurrido un siglo antes, no sólo no pudo dinamizar al resto de la economía, sino que se materializó en el contexto de mayor declinación de la historia del país.

Los elementos que emergen en la caracterización de esta etapa, sin embargo, pueden dar lugar al cuestionamiento de que se trata efectivamente de una fase de

un proceso que se inicia a mediados del siglo. En ese sentido, aunque pueden detectarse algunas regularidades, la discordancia con lo ocurrido en el pasado es tan grande, que cabe preguntarse si no se está ante un modelo diferente o, al menos, a un interregno similar el de 1938-1948. Este problema es, de todas maneras, una cuestión menor, que tiene que ver con la forma en que Vitelli presenta la problemática. Más allá de los rótulos, tal periodización no afecta las cuestiones centrales de la obra.

Sin embargo, lo anterior se enmarca en un punto débil más general de la obra, que, paradójicamente, surge precisamente de su punto fuerte. Vitelli trata de enfocar los problemas estructurales de largo plazo, vinculados a los modelos de crecimiento, a las lógicas de la economía argentina, procurando evitar que los análisis de coyunturas particulares desvirtúen el encuadre. Pero de esa forma le resta importancia a cuestiones que, a nuestro juicio, ocupan un papel importante. Especialmente en el período 1948-1975 pueden ubicarse diferentes proyectos, que se conjugan con ciertas mecánicas regulares y que determinan matices a tener en cuenta. Vitelli no ignora esto e indica que en cada plan de ajuste se forma una constelación de precios relativos e incentivos diferente, que apunta a resolver determinados bloqueos. Sin embargo, la referencia es marginal y sospechamos que una mayor atención sobre esta cuestión permitiría un análisis más sutil que realizaría, incluso, los aspectos generales que el autor pretende remarcar.

Otro aspecto criticable es la falta de referencias a la dinámica social. ¿Cómo es que sólo un reducido grupo de economistas se dio cuenta de la paulatina declinación de la Argentina? O peor aún, ¿por qué nadie escuchó la prédica de quienes advertían las dificultades? ¿Por qué fue tan difícil eliminar algunos bloqueos e imposible hacerlo con otros? La respuesta no puede encontrarse sólo en el campo del análisis económico; éste debe ser complementado con un estudio de la dinámica de los grupos sociales, campo que el libro no aborda. Tampoco se abordan los aspectos políticos, fuertemente entrelazados con los sociales. Puede argumentarse con razón que ninguno de esos aspectos entra en los objetivos del libro, pero no menos cierto es que sin ellos resulta difícil entender por que no pudo seguirse un sendero diferente. Una alternativa para entrelazar los valiosos aportes de Vitelli con los aspectos ausentes podría ser, tal vez, una historia de la corrupción.

Más allá de algunas carencias o de ciertos aspectos cuestionables, podemos concluir que la obra de Vitelli es un valioso aporte que contribuye a relanzar los debates sobre la reconstrucción económica de Argentina a partir de los encadenamientos entre la crisis actual y el pasado, presentando simultáneamente hipótesis claras y sólidamente fundadas, tanto en la teoría como en los aspectos empíricos, para responder a los interrogantes planteados, desde una perspectiva que busca escapar a las interpretaciones y los clichés tradicionales. Creemos que tal objetivo se alcanza de manera exitosa en esta obra.

Andrés Musacchio